EL PIRATA NEGRO

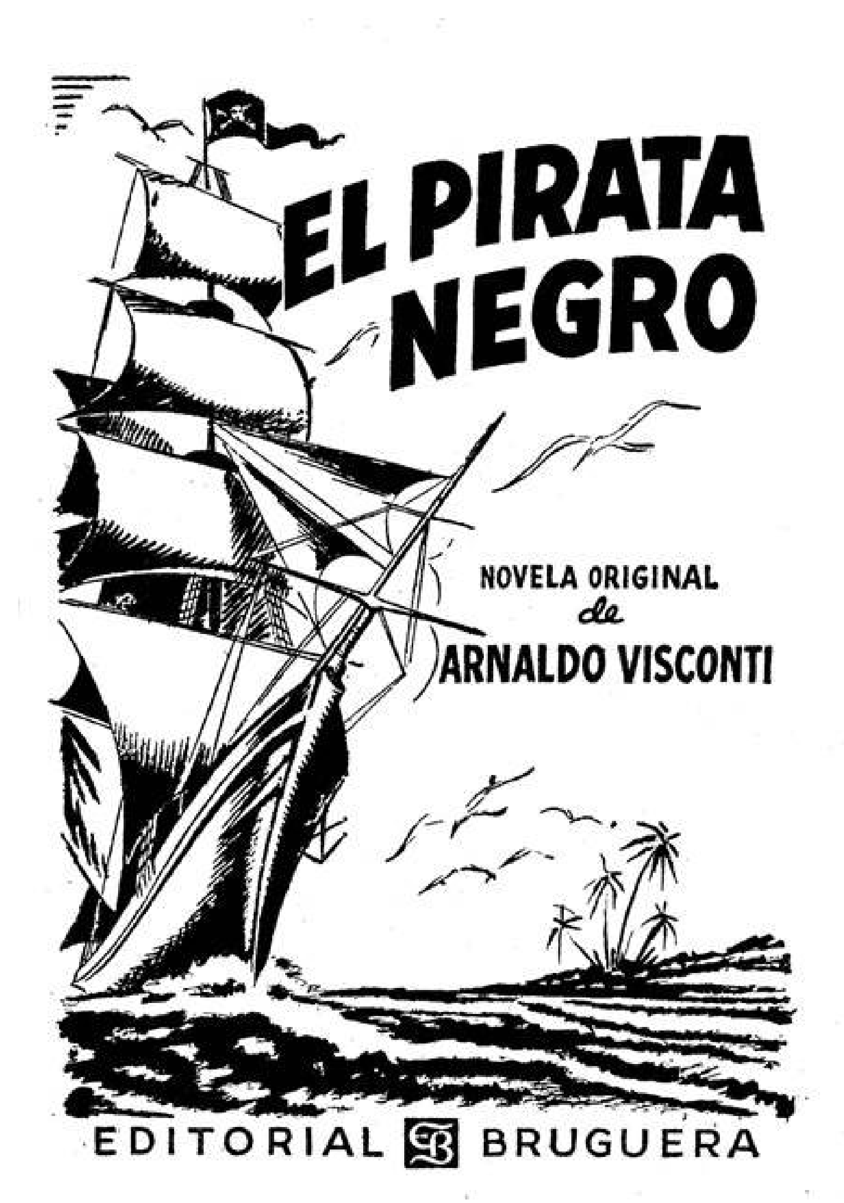
CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO

por ARNALDO VISCONTI

PROVENSAL

3'50 PTAS

CARA O CRUZ



EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Cara y cruz

Colección El Pirata Negro n.° 73

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1949


CARA
Y
CRUZ

CAPÍTULO PRIMERO

Islas Galápagos

En la abundosa y escalofriante historia de las correrías de los ladrones y asesinos del mar, más conocidos por piratas, dos verdades axiomáticas aparecen como indiscutibles.

La primera, que, en su inmensa mayoría, los que se agrupaban bajo el pabellón macabro eran seres sin conciencia, repulsivas hienas, cuya complacencia en la maldad merecieron y nos merecen la más absoluta de las condenaciones y la más implacable censura.

La segunda verdad, que con su evidencia conforta el ánimo del sensato lector, es que también, en su mayoría, aquellos seres infrahumanos recibieron pronto castigo e infamante muerte, demostrando que la malignidad, si bien por designios de la Providencia puede aparecer por breve tiempo triunfante, siempre, además de merecer el ludibrio general, lleva aparejada consiga una existencia de continua inquietud enfermiza y una absoluta privación de goces sanos, terminando con el más rotundo y ejemplar de los fracasos.

Hemos considerado preciso este exordio, porque a lo largo de la accidentada existencia del único aventurero del mar, que si bien ondeó pabellón pirata sentó también reales de hidalguía y caballerosidad, se presentaron episodios donde la contextura moral de sus rivales era del más aborrecible calibre abisal.

Tratamos de soslayar las descripciones que pudieran proporcionar repulsión a las mentes normales y sanas, dibujando tan sólo y con grato refocilamiento caracteres perversos cuando a la vez es inminente su justo castigo a manos de nuestro héroe.

Es también innegable por todo lo que antecede, que la rudeza de ciertas escenas de la vida piratesca suscita en el ánimo del lector el

vehemente anhelo de un ejemplar castigo, labor justiciera que realiza por doquier el Pirata Negro.

Y hecho este preámbulo, que no consideramos superfluo, transcribimos fielmente una más de las aventuras de Caries Lezama, allá por tierras del Nuevo Continente.

A mediados de junio del año 1723 muchos eran los habitantes del litoral sudamericano que creían firmemente que en el archipiélago de las islas llamadas Galápagos sólo moraban los animales que, por su abundancia, habían motivado que así fuera llamado aquel grupo de islas.

Indudablemente, durante el tormentoso siglo XVII, aquel grupo de islas había sido tomado frecuentemente como antro de escala y planeo por muchas naves piratas.

Pero concretamente desde 1710, y con exactitud desde la formación en la Costa Dorada de una segunda. Legión del Mar, al mando del conde Ferblanc, cuantos pensaban accidentalmente en las islas habitadas por los galápagos daban por cierto que ninguna, nave pirata se atrevería a recalar allá, en las tan tristemente famosas islas, de pasado funesto.

Concretamente, y con exactitud, a una de las dieciséis isbas del archipiélago, en la mayor, que los primeros exploradores llamaron Encantada, había ancladas tres naves.

El menos perspicaz de los casuales observadores que hubiera podido presenciar las matutinas maniobras de mediados de junio del año 1723, en las respectivas tripulaciones de las tres naves, además de procurar poner entre su persona y las naves la mayor distancia posible, habría hecho muchas cábalas para tratar de adivinar por qué de nuevo las Islas Galápagos eran guarida de tripulaciones piratas.

A ello, y suponiendo que, como muchos aventurados, tuvieran el humor propicio a cinismos y alardes, sólo tres hombres hubieran podido contestar con detalle..

Eran, respectivamente, Ernesto Valdivia, "El Costarriqueño"; Pancho Gomes, "El Mejicano", y Terencio Bedoya, venezolano de ignorada cuna croe respondía al mote de "El Filósofo".

Cada uno de ellos era capitán de nave. Huyeron del Caribe cuando la Legión del Mar empezó con ahínco su implacable labor de sorteamiento.

Tras muchos avatares en el largo periplo de huída, uno conoció a otro y el tercero fue sondeado por los otros dos. Y aparte de un idéntico desprecio a toda nobleza de sentimientos, reconociéronse afanes mutuos: el de enriquecerse prontamente en la Costa Dorada.

Y unióse a ellos en una escala al sur de la línea ecuatorial otro aliado: Ladislao Bartek, un húngaro, también huido del Caribe.

Y, tras pactar solemnemente los cuatro capitanes, decidieron anclar en La Encantada, y allí planear el mejor y más fructíferos de los saqueos.

Ladislao Bartek, ausente con su bergantín no tardaría en regresar. Había partido al litoral destacando primero a Dolores González, su esposa, para que ésta obtuviera información sobre las posibilidades de un ataque en alguno de los ricos poblados de Nueva Granada.

La isla Encantada formaba a modo de de semiarco, y en su curva concavidad central anclaban las tres naves.

La profundidad de la cala permitía a las tres naves tener pasarela desde bordo a tierra.

Ya no existían tugurios ni edificios en la isla que antaño fue ciudad de piratas. El fuego del exterminio había tornado aun más grises las rocas volcánicas, purificándolas..

Pero uno de los propósitos del pacto de los cuatro capitanes piratas había sido devolver a las islas de los Galápagos su antiguo esplendor.

Y así lo ratificaba ahora Terencio Bedoya, “El Filósofo”.

—No es lo esencial el dar un golpe sonado, sino sus consecuencias. Cundirá la voz. Se envalentonarán los ocultos que acudirán aquí. Volverán las Galápagos a ser el emporio de los valientes, que prefieren un corto vivir intenso.

Y al terminar de hablar, como acostumbraba por manía de engreimiento, asestó Terencio Bedoya en el aire un tajo vertical con el índice, como rúbrica final y contundente a su párrafo.

Terencio Bedoya era repugnante. Este calificativo le describía. Lacios sus bigotes, lacia su rala barba, rezumante de grasa su rostro, adiposo y de meliflua parla, “El Filósofo” era a la fuerza misógino.

—Mire, hermano —canturreó Pancho Gómez—. No se meta a filosofear, que ya mucho llovió sobre mojado. Déjeme, pues, de monsergas, y al tiempo denle tiempo...

El mejicano era apuesto y, aunque su atildado vestir y sus modales eran de buen ver, era de los tres el más peligroso.

Contábase de él que, en cierta ocasión, a los aterrorizados prisioneros, que había hecho su tripulación en un ataque alevoso les tranquilizó con su cantarina elocuencia bonachona.

Y cuando empezaban a recobrar la esperanza, uno a uno fue decapitándolos con su sable de abordaje, diciendo a la vez “que por míseros sin plata, morían gloriosamente, porque él se dignaba matarles”.

El tercer contertulio, Ernesto Valdivia, era la más acabada reproducción de un gigantesco mono. La boca, en acentuado prognatismo, avanzaba a modo de hocico.

Largos sus musculosos brazos, y arqueadas las cortan piernas de jinete, porque había sido llanero en el campo antes de capitanear una nave pirata, Ernesto Valdivia era taciturno.

Sus ojillos tenían la infinita melancolía que albergan las pupilas de los grandes simios.

—Lo cierto, hermanos — añadió el mejicano—, es que hay mucha plata por las costas. Y a la que regrese Bartek, nos pondremos a estudiar la mejor incursión.

Hablaba con indolencia, mordisqueando, el tallo de una espiga pardusca que acababa de arrancar del suelo, donde se hallaba tendido sobre vistosa manta.

El y los otros dos capitanes tendíanse bajo raquítico árbol, a unos cincuenta metros de la orilla.

Terencio Bedoya cerraba los ojos, como adormilado. Pancho Gómez canturreaba entre dientes, y Ernesto Valdivia, miraba con desgana hacia el horizonte.

El sol, el tardo deslizar de los lagartos y el torpe anadeo de los galápagos, comunicaban modorra.

Un vigía gritó... Hubo agitación a bordo de las tres naves. Los tres capitanes parecieron despertar de su letargo...

Los más agudos ojos del costarriqueño divisaron un lejano punto movible.

—Alguien viene—anunció, lacónicamente.

Dirigiéronse los tres a la orilla, pero ya la voz de varios vigías, enfocando catalejos hacia el punto que iba creciendo, repetían, monótonamente:

—¡Bergantín “Czarda”!

Los tres capitanes regresaron a sus mantas, tendiéndose de nuevo. El bergantín “Czarda”, era el capitaneado por su aliado, el húngaro Ladislao Bartek.

Capítulo II

La Ley del más fuerte

El bergantín “Czarda” ancló entre, la goleta del mejicano y el bergantín de Bedoya.

Tendieron desde la borda la pasarela, y por ella descendió, solo, Ladislao Bartek.

De mediana estatura, negrísimos cabellos, roja camisola de flotante seda, cinto de plateadas calaveras, blancos calzones de montar y altas botas negras de mucho vuelo, el húngaro dirigióse hacia donde esperaban los tres otros capitanes.

—¿Qué hubo?—dijo el mejicano, a modo de saludo.

Abrió el húngaro las piernas, afianzando los tacones, cruzó los brazos, y en silencio observó los tres rostros expectantes.

—Mucho y poco—contestó, tras la pausa.

—Es poco o es mucho, hermano.

—Dolores se aposentó en la posada “La Vicuña”, de la ciudad de Quito, con el cirujano como compañía inofensiva y Manolo Fuentes de enlace. Empezaba a obtener informes, cuando quiso la mala suerte que buscaran refugio en el mesón tres capitanes piratas. Los soldados cercaron el mesón, en espera de órdenes del virrey, que quería fueran atrapados en vida. Ignoraba yo eso, y, al igual que Fuentes, achaqué el cerco de la soldadesca a que sabían quién era Dolores e iban a por ella. Ataqué, no quedó un soldado, pero tuvimos que salir de estampía.

—¿Botín?—inquirió Valdivia.

—Ninguno.

—Viaje en balde, entonces.

—Traje conmigo a los tres capitanes. Uno de ellos dice que nos puede dar mucho botín.

—¿Dónde anclan sus barcos?

—Hundidos o en poder del renegado Ferblanc.

—Que tus hombres traigan acá a esos hermanos de profesión. Les oiremos. Y, por sí mienten, que venga con ellos tu esposa.

—Para eso los traje. Están desarmados.

Alejóse el húngaro, aura, después de unos momentos, regresar precediendo a tres hombres, que avanzaban destacados, seguidos por otros dos. Cerraba la marcha Dolores González.

Señaló el húngaro con displicencia a los que le seguían.

—Esos son.

Esta vez fueron los otros los que en silencio contemplaron al Pirata Negro, a Lucientes, a Cheij, para después, con menos detenimiento, mirar a "Cien Chirlos" y a Ambrosio Bustamante.

—Yo soy el de más categoría, hermanos...—dijo Pancho Gómez —. Interrogo, pues. Que avance el de vosotros que sea más antiguo en la profesión y más méritos tenga.

El Pirata Negro dio un paso. al frente, apoyados los puños en las caderas.

—Yo.

—¿Te llamas?

—Lucas Retama, y me apodan "León". Capitán de muchos veleros, el último "Sin Tregua". Me lo hundió Ferblanc, ¡mal rayo le pulverice!

—¿Qué rutas has hecho?

—Con asiduidad la de Madagascar y Antillas Francesas.

—Por eso será que no oí de ti, hermano. ¿Puedes alegar algo de importancia?

—Mucho. Pero a ates quiero protestar con todas mis fuerzas contra éste —y el Pirata Negro señaló con el pulgar al húngaro.

—¿Qué hizo el hermano Bartek?

—Menospreciar el código pirata. Nos trató como a perros. Nos humilló ante mujer y ante sus hombres.

—Él te dará respuesta después, capitán Retama—intervino el costarriqueño—. Ahora replica lo mejor que sepas a las preguntas del capitán Gómez.

—No tienes barco, capitán Retama —dijo el mejicano.

—Pero, poseo secreto que vale cien barcos.

—Con tal secreto, ¿qué hacías en la posada "La Vicuña"?

—Allí me cité con el resto de mis hombres y di también cita a dos mercaderes para que me dieran el oro para la expedición que proyectaba. Pero al aliarme con estos dos, con los cuales me fugué de la cárcel de Bogotá, me hice demasiado conocido. Alguien debió dar el chivatazo, y los soldados aparecieron.

—Esos otros dos, ¿conocen tu secreto?

—Sí, puesto que en nuestra fuga dimos con tesoro nunca imaginado. Oro y perlas, y no en cofres, sino en montañas libres. Largo es de contar, como os podría parecer leyenda de visionario, os propongo una prueba. Desde que salimos del mesón, e ignorantes de a dónde íbamos, hemos estado continuamente rodeados de oidores. No hemos, pues, podido ponernos de acuerdo para contar una leyenda. Que seamos interrogados por separado. Cada uno sobre su dominio de ciertas tribus. Ninguno de nosotros dirá el sitio exacto, como es natural

—Hablas tú mucho, capitán Retama—atajó el costarriqueño—. Trata de ceñirte a la brevedad. Sabemos distinguir entre visionarios y los que cuentan lo que vieron.

—Ronda la costa la escuadra del conde Ferblanc. Es difícil llegar hasta los cofres. Es labor larga y poco remuneradora. Hay, en cambio, riquezas que nos esperan a nosotros tres allá en cierta comarca. Dadnos plaza a bordo, y seremos vuestros guías… Compartiremos por partes iguales.

—¿Mina española?

—No. Es en la tierra llamada maldita y embrujada al este de Bogotá. En nuestra fuga llegamos hasta allá, y nos internamos. Caímos prisioneros, pero fuimos elegidos por las mujeres que allá imperan, y que son amazonas.

—Oí hablar de las tales, pero son leyendas—dijo Bedoya.

—Lo mismo creí hasta verlas. Llevan coraza de oro puro, Rematan sus venablos con contrapeso de perlas.

—Es la tierra de los jíbaros cortadores de cabezas.

—Enemigos mortales de las amazonas. Éstas se agrupan en tribus, y tres de sus reinas nos eligieron. Aseguramos regresar trayendo nuestras tripulaciones para formar familias… Es difícil de creer para los no avezados a aventuras. Pero comprobad que mi mentira sería estúpida. Yo os ofrezco un viaje fácil. Atravesar por la cordillera la franja costera, e internarnos. El regreso sería tan fácil,

porque, si preciso fuera, las mismas amazonas nos servirían de portadoras. Son salvajes ingenuas, muy aptas para ser engañadas. Ese es nuestro tesoro, que vale cien barcos de casco de oro y velas recamadas en perlas.

—La expedición puede intentarse, hermanos—dijo el mejicano —. No veo por qué iba a mentir el capitán Retama. Su cara me agrada, al igual que su habla. Yo he oído citar el mucho oro que hay allende las montañas. Podemos pactar, pero ahora estáis en desigualdad. Cada uno de vosotros, con sus segundos, iría a borde con uno de nosotros, y guía sería. Nosotros damos vela, hombres y provisiones.

—De acuerdo.

—Presenta a tus compañeros.

—Capitán Lucientes, apodado 'Medio Brazo". Capitán Cheij Khan, apodado "El Chacal".

—Conocéis las leyes que aquí reinan, como por doquiera campea el pabellón pirata. Pacto, y choca para el leal, muerto y horca para el felón. Intentaremos la expedición. No veo posible engaño. Cruzaremos la cordillera lejos de toda guarnición. No es, pues, historia de botín en fortaleza. Habla, capitán Lucientes. Yo soy Pancho Gómez, "El Mejicano". Hombre de pelo en pecho. Estos son el capitán Valdivia y el capitán Bedoya. De lo mejor que queda.

Avanzó Lucientes, que señaló al húngaro.

—Reto a este mal nacido, que no sabe respetar a los hermanos de la Costa. Es ley pirata la que se imponga el más fuerte, si entre capitanes va la querella.

—No basta, capitán Lucientes—intervino el costarriqueño—. Pudo el capitán Bartek ser rudo en su trato. Olvídalo.

—Hay más—dijo Lucientes.—. Quiero a esta mujer y se la disputo. Es ley pirata la que obliga al que por capitán se tenga saber defender su barco y su hembra.

—Ambicioso eres...—sonrió Pancho Gómez—. Quieres barco y mujer apenas llegado. Debes saber que Bartek es la más fina espada que he visto en funciones, y, si acepta tu reto, también derecho tiene a elegir arma.

—Puede retar quien barco tiene, y no el advenedizo...—dijo el húngaro, mordiendo las palabras—. No acepto duelo. ¿Quién nos asegura que este bribón es tal capitán como dice?

—Tú mismo, Bartek—dijo Lucientes—. En tu interrogatorio a bordo, dijiste haber leído cartel anunciando recompensa crecida por mi captura, fue con pelos y señales bien me llama capitán pirata. Soy de tu talla, y así lo digo para no menospreciar a quienes nos. oyen. En nuestra hermandad de sangre y fuego cobarde es, y a la cara le escupe, al que no acepta reto de igual.

El salivazo no manchó el rostro del húngaro porque éste ágilmente saltó de costado.

Pero no pudo evitar el, que, desde el otro costado, le disparó Ambrosio Bustamante, con tino que hablaba de mucha práctica.

—Ley pirata es que el capitán que rehúye reto lo marque de infamia el segundo. Y segundo soy del capitán. Lucientes. Yo opino, pues, que por babor y estribor quedas emplazado, capitán Bartek.

Los otros tres capitanes se levantaron, con empaque involuntario.

—En entredicho queda tu valor, capitán Bartek dijo Pancho Gómez ceñudamente, desaparecida toda sonrisa—. Estos hermanos tienen ya acogida en las Islas Galápagos. Te desconozco, Bartek... Pareces atribulado y medroso.

—Es ella...—dijo sombríamente el húngaro.

Miraron todos bacía donde señalaba el índice del húngaro, menos Lucientes, atento a las manos del que, era su rival.

Vieron a Dolores González, cuya extraña sonrisa era un compendio de perversidad.

—Se ha confabulado con este hombre—fue diciendo el húngaro, con voz que era levemente temblorosa—. ¡Tengo que matarla!—y lanzóse hacia delante, pero ya Ernesto Valdivia, con sus largos brazos musculosos, le aferraba por los hombros.

—Después, Bartek, después..., si quedas en vida, es, tu derecho matar a la mujer. Y ninguno de nosotros, por ley pirata, puede oponerse. Pero ahora hombre hay que tiene espada.

Y, soltando al húngaro, Ernesto Valdivia lanzó su espada a Diego Lucientes, que la recogió por la empuñadura.

—Si quieres la mujer, tuya será al vencer. Pero el bergantín es de la alianza, y nuestro será si muere Bartek. Si mueres tú. Lucientes, tu segundo será ahorcado. Esta es la ley pirata, que quita derecho a tu segundo a duelo, por no tener barco propio.

Separáronse al asentimiento de Lucientes, que ardía, en deseos

de matar al que ante sus ojos había besado brutalmente el nacarado hombro desnudo de la mujer de quien estaba enamorado.

—A mi señal—dijo Pancho Gómez.

El Pirata Negro no sentía la menor inquietud. La única espada que en toda su accidentada existencia le había puesto en apuros era la de Diego Lucientes...

Pero Ambrosio Bustamante, constituido en segundo del duelista, pasóse varias veces la mano por el cuello, donde ya sentía la caricia del cáñamo.

Sabía que la ley pirata, mezcla de jactancias y honrillas a veces pueriles, era implacable en sus consecuencias.

Y cuando Pancho Gómez dio la señal, fue quien con mayor ansiedad siguió las sucesivas fases del duelo, en que dos expertos espadachines, con fiera saña de matar, prodigaban las más taimadas fintas para abrir paso a las más recias estocadas.

La esgrima del madrileño era aplomada, afianzados los tacones en la arena de la playa.

El húngaro, felino y, saltarín, demostraba ser un consumado dominador del arte italiano...

Sucesivas fueron las veces en que Ambrosio Bustamante cerró los ojos, creyendo ya alcanzado y perforado el cuello de Lucientes, que era donde con más tenacidad dirigía el húngaro sus pérfidas estocadas.

Prolongabas el duelo, y Diego Lucientes, sintiendo ya el cansancio invadir su brazo, pugnó en vano por hallar sitio favorable donde hundir su acero.

Pero el húngaro desplazábase con vertiginosa maestría, no presentando nunca parte alguna descubierta.

Dolores González empezó a perder la seguridad en el triunfo del pelirrojo. Y de pronto miró ella al cielo, ladeó el busto y gritó con alegría cuando el acero de Lucientes penetró en el pecho del húngaro, atravesándolo de parte a parte.

Tan sólo hubo un hombre de los que, interesados, no perdían vista de los dos duelistas, que, se dio cuenta de la perversa y veloz artimaña de la malagueña.

Vio el Pirata Negro como el gesto repentino de retroceso del húngaro no se debía a acoso comprometido de su rival, sino a un incidente particular.

Dolores González llevaba prendido en el escote un ancho dije de dorada superficie, Miraba alternativamente el dije, ladeándose, y alzando el rostro, como pidiendo la caricia del sol.

Ladeaba el busto para que en la dorada superficie restallara el rayo solar..., que, captado por los movimientos a este fin de la malagueña, deslumbró por una fracción de segundo a Ladislao Bartek.

Pelo los demás no pudieron darse cuenta de la maniobra artera y rápida do la que, con ello, había dado muerte, más que el acero de Diego Lucientes, al húngaro.

—Has vencido, capitán Lucientes— dijo con solemnidad Pancho Gómez, "El Mejicano"—. Mandará el bergantín Manolo Puentes, que era el segundo de Bartek, y es hombre respetado por los demás. Choca. Tu espada es excelente.

Aceptó Lucientes la diestra del mejicano, y devolvió después la espada al costarriqueño.

—Si Manolo Fuentes te acepta a su bordo, puedes ir allá con tu segundo. Al mediodía nos reuniremos todos en la sala capitana de mi goleta.

Alejóse el madrileño, a quien Dolores González dedicó una radiante sonrisa.

Pancho Gómez miró críticamente a Cheij.

—¿Eres árabe, capitán "Chacal"?

—Sí.

—Tierra de hombres reflexivos, cautos y batalladores. ¿Por qué abandonaste tu tierra?

—Era pobre en oro, capitán Gómez.

—Tú vendrás a mi bordo, y serás mi guía.

Miró el mejicano al Pirata Negro y a "Cien Chirlos".

—Tendrás que separarte de tu segundo, capitán Retama. Será guía del capitán Valdivia, y tú lo serás del capitán Bedoya.

—Es justo. Pero mi segundo es mudo...

—¡Abre la boca!—ordenó Gómez imperativamente a "Cien Chirlos".

—Tiene lengua y habla—intervino Lezama—. Pero es de muy pocas palabras y tiene más de veinte años a mi servicio. Tú te harás cargo, capitán Valdivia, de lo que es un lugarteniente viejo y fiel. Aunque sea momentáneamente, acata a regañadientes las órdenes

de otro capitán.

—Me hago cargo. Pero a mi bordo mando yo, capitán Retama. Y si allá tu segundo no replica a mis preguntas, dispondré de él como de cualquier tripulante.

—Es tu derecho,

—De acuerdo, pues, todos, hermanos…—canturreó el mejicano —. Cada uno al bordo designado. Y este mediodía nos reuniremos para planear los pormenores.

Quedaban Ion finco aventureros separados, y tratar de remediarle hubiera suscitado las sospechas de los que ya por natural disposición eran de por si recelosos y desconfiados.

Cada uno de ellos encaminóse hacia la pasarela de las tres naves piratas. Y muy distintas eran las meditaciones a que se entregaron al perderse de vista.

Capítulo III

Falacias

En la playa, varios hombres cavaban un hoyo, donde poco después colocaron el cuerpo desangrado de Ladislao Bartek.

En cubierta del bergantín “Czarda” un carpintero desclavaba la pancarta que ostentaba el exótico nombre.

Poco después, una nueva pancarta, con letras húmedas de reciente brea, rezaba: “Manolo Fuentes”.

El nuevo capitán, cenceño, de menuda estatura, atlético cuerpo esbelto y rostro de delicadas facciones, pasábase con ufanía los ágiles dedos por el ensortijado cabello.

Sonrió afablemente al pasar Lucientes y el navarro.

—Bravo combate, pelirrojo. Buena espada. Quien quiera matarte no elegirá espada. Y démonos la enhorabuena. Muerto Bartek, los dos hemos salido ganando.

—Todos, pues, estamos de enhorabuena.

—Permanece con tu segundo en el camarote al cual te conduce mi contramaestre. Te avisaré a mediodía. Ahora hay que hacer lo que ya sabes. Nuevo juramento al capitán y demás rituales. ¿Lola? No te impacientes. Vendrá a tu vera. Pero ahora tiene que recoger sus ropas y bártulos, y como los demás, prestar juramento de fidelidad, ya que es un personaje más de la tripulación. Hizo bien ella en proporcionaros los medios de venir a la isla, porque valéis, y entre todos nosotros llegaremos a mucho. Hasta después.

Ya en el camarote, y cerrada la puerta, cercioróse el navarro de que nadie podía estar escuchando.

—Campechano el nuevo capitán, señor Lucientes. Yo opino que no nos será difícil darnos el olivo.

—Yo opino que estamos en un berenjenal, “Pencas”.

—Bah, señor... De todas, todas las ganamos, pensando por nosotros, nuestro capitán.

Mientras, Manolo Fuentes, en cubierta, y con toda la aparatosidad de los juramentos piratas, iba tomando uno a uno su promesa de fidelidad y entrega absoluta.

También Dolores González verificó como un tripulante más la ceremonia.

Y, poco después, el malagueño rasgaba con indolencia las cuerdas de su guitarra, escuchando indiferente las palabras de ella.

—Gracias a mí eres el nuevo capitán, Manolo. Porque ninguno de tus partidarios se atrevía con Bartek, ni tú tampoco. Has tenido, pues, suerte de que el pelirrojo fuera un gran espadachín. Y sabe dónde hay mucho oro y perlas. No miento. Me lo dijo allá en el mesón. Decía que me llevaría al lugar del tesoro, para hacerme reina. Está loco: cree saber mucho, y es un pobre diablo.

—Te quiere. Eso es todo. Y no ve más que por tus brujos ojos.

—Ciego está, pues no ve que tu risa, que parece campechana, es un compendio de falsedad.

—La falsedad no ha de ser exclusiva tuya, Lola.

—Si me caso con él, ¿no sentirás celos?

Rió el malagueño, pellizcando las cuerdas de la guitarra, en agudo sonido, que semejó otra carcajada burlona.

—Nunca supe qué es eso llamado celos.

—Roe dentro del corazón. Duele mucho. Quita el sueño. Produce fiebre en las sienes.

—Es enfermedad, pues. Y las enfermedades se curan con vino caliente y con una copla.

Y con voz bien timbrada, contemplado con rencor por ella, Manolo Fuentes lanzó al aire el refrán, que fue coreado por los demás:

Nadie es más fuerte que yo,
porque busco, encuentro y saqueo
las presas del mar.

Cuando cuadra, soy tigre del agua,
y con el sable desnudo en la boca
salto a vencer o a morir.

* * *



—Eres muy joven, hermano...

Pancho Gómez demostró gran interés por las costumbres árabes. Pero repentinamente preguntó:

—¿Cuántas leguas hay desde Bogotá al lugar del tesoro?

—Bastantes. No las medí—replicó reposadamente Cheij.

—Eres muy joven, hermano. Yo te doblo la edad. No pretendas propasarte de listo conmigo. Pancho Gómez es canela con los que juegan limpio. Recuérdalo, como también que no me acaba de gustar el capitán Retama. Tiene ojos de gato en acecho, preparando trampa.

—Es pirata de los primeros. Poseso parece siempre estar vigilante. Pero juega limpio.

—Háblame de la tierra del oro y las perlas.

Contó Cheij sus aventuras en el Estado Natural de Río Branco. Omitió la exacta posición, pero pudo comprobar el mejicano que cuanto oía no podía ser inventado.

—Habéis tenido suerte en venir a las Galápagos. Nos haremos ricos, hermano. ¡Guanajo! ¿No dije que reunión al mediodía?

Y el mejicano asomó por la borda, mirando a la pasarela por donde subía Manolo Fuente.

—Retírate, capitán Cheij—ordenó el mejicano—. No le gustará a Fuentes oírme delante tuyo.

Alejóse Cheij.

Manolo Fuentes aproximóse sonriente.

—Mi visita de honor, capitán Gómez.

—El honor te lo metes donde yo me sé, ¡guanajo! Dije que reunión a mediodía... ¡Y a mediodía te quiero ver, no ahora! ¡Yo soy de los cuatro el más antiguo, y de más categoría!

—Vine porque mis noticias te interesarán sobremanera, capitán Gómez —dijo el malagueño, que no sentía el menor desconcierto ante el iracundo recibimiento—. Hay oídos.

—¡Ven, guanajo!

En el camarote del mejicano, Manolo Fuentes, con placentera entonación, dijo:

—El tesoro existe. Es cierto. Lo sé por Lola, la cual lo sonsacó al pelirrojo en momentos íntimos, de esos en que el hombre no miente, por tres razones, que concurren en Lucientes: está enamorado de Lola, pensaba que iba a morir y es pirata de ley.

—No basta asta noticia para justificar que tu primer acto como capitán sea infringir una orden mía.

—¿Oíste hablar del Pirata Negro?

Sobresaltóse el mejicano, que contrajo el rostro en mueca siniestra.

—¡Guanajo!

—¿Oíste hablar del conde Ferblanc?

—¡Guanajo! ¿Quieres adrede irritarme? Tanto el uno como el otro son el mismo. Este renegarlo que... si pudiera tenerlo en mi poder iba a conocer mis refinamientos en arte de prolongar una agonía. Pero ¿para qué hablar de él? Fue por culpa saya que tuve que abandonar el Caribe, donde muy bien me iba. ¡Maldito sea!

—¿No oíste hablar de sus métodos, capitán Gómez?

—¿Quién no?

—Se infiltra pasando desapercibido, porque conoce los escondrijos y todas las tretas de los piratas. Y gracias a Lola te diré que no estoy haciéndote perder el tiempo.

—Me place te franquees conmigo, capitán Fuentes; pero ¿qué tiene que ver ella con tus alusiones al renegado Perfilare?

—Mucho, y tú mismo juzgarás, capitán Gómez—y acudió el

malagueño al halago más servil, pero que sabía agradaría al mejicano—. Yo no confío en nadie, pero en ti sí, porque eres el único jefe que me merece todo respeto. Bravo en la pelea y madrugón de cerebro, tú puedes ser el amo, de las islas, cuando éstas sean de nuevo el centro de capital preponderancia en los poblados piratas.

—Eso ya me lo sé, hermano. Es tu boca muy adulona.

—No te adulo, sino que me limito a dejar bien sentados tus reconocidos méritos. Quiero que tú y yo compartamos un secreto esencialísimo. Te diré cuanto me ha revelado Lola. Pensaba ella venir a decírtelo, pero ha preferido que yo sea su portavoz, porque es natural que, débil mujer, te tenga temor.

Atusóse el mejicano el bigote, complacido...

—Sabe quién soy y que no me ando con chiquitas cuando hay que ponerse serios, Pero mire, hermano... Me está ya amoscando con tanto rodeo, ¿sabe?

—La noticia lo merece. ¡Retama es... el conde Ferblanc!

Balbució el mejicano sonidos incoherentes porque su garganta no emitía sonido alguno.

Gozó unos instantes Fuentes antes de proseguir con su revelación.

—Resulta que el pelirrojo es un borrachín. Y embriagado le contó a Lola que el conde Ferblanc se ha sublevado contra el virrey. Y ha logrado convencer a Lucientes y al "Chacal", que son de buena ley, que él vuelve a ser pirata libre. Lo de los soldados era pues, pura filfa. Con ello, consigue Ferblanc una de sus habituales estratagemas, que con éxito le salen. Se introduce en nuestras líneas. Después... Seguramente que allá por algún paso de la cordillera habría miles de soldados de "La Implacable" esperándonos. Caza mayor... No quería contentarse con Lucientes y "El Chacal". ¿Comprendes, capitán Gómez?

—Pero... ¿por qué los otros dos afirman que es Retama?

—Dijoles el muy tuno que, por haber sido el Pirata Negro, se creó muchas rivalidades entre nosotros. Le creyeron fácilmente, según cuenta Lola, porque, como era cierto lo del tesoro, pues vieron que era natural que el Ferblanc necesitara apoyo de otros piratas.

—¡Guanajo! ¡Qué lindo! ¡Este mediodía, en la reunión, voy a,

gozarla grandemente!

—A quien nos quiere engañar, engañémosle, capitán Gómez.

—¿Qué quieres decir?

—Desenmascararle es demasiado fácil, y no basta. Divirtámonos a su costa como lo hará él pensando que nos ha engañado a todos. No digas nada... Déjale disfrutar, creyendo que nos engaña. Será lindo como dices, capitán Gómez, que le pongas en la parrilla, lanzándole pullas indirectas...

—¡No! ¡Aquí se impone ir recto al bulto! ¡Ardo yo en deseos, de tenerlo a mi merced! No soy yo tan paciente como tú.

—Como quieras. Tú mandas, capitán Gómez.

—Eso es. Yo mando. Las falacias del mundo traidor nunca son previsibles. Dispuesto estaba yo generosamente a prestar ayuda a esos tres... ¡Falaces! ¡Han firmado su sentencia! No, no olvido que al menos uno debo servirnos de guía. Tienes libre mano para matar cuando se te antoje a Lucientes y a su segundo. No tolero que no me confesara la personalidad de Ferblanc. Conservaré la vida de Cheij, como guía. Después, morirá...

—Creo, capitán Gómez, que mejor haríamos conservando a dos guías, Uno puede enfermar o desorientarse.

—No tengo claro el pensamiento. Me obsesiona la idea de que Ferblanc está a nuestra merced. ¡Guanajo!... ¡Cerdo! Suspendida la reunión de mediodía, Daré la orden. Ahora voy a bordo a. entrevistarme con el capitán Bedoya.

—¿Puedo esperar que tendrás en cuenta mi lealtad?

—Eres ya mi hombre de confianza.

—No le arrepentirás...

—Conozco los hombres, hermano. Tú eres leal a carta cabal.

Y cuando abandonaba Manolo Fuentes el barco, el mejicano susurró:

—Falacia. Todo es mentira. Esto hipócrita engañó a Bartek. Vendería su alma, si la tuviera y alguien comprara esos inútiles trastos. ¡Guanajo! Hoy me has dicho verdades, para ganarte mi confianza. Mañana me venderías si con ella ibas encumbrándote. ¡Cerdo! Yo soy muy macho, y sólo me gusta el juego limpio.

Era sincero, siendo otro taimado hipócrita. Y con su favorita palabra, cuando descubría engaños, subió la pasarela del bergantín capitaneado por Terencio Bedoya, “El Filósofo”, murmurando entre

dientes, aunque sonriendo amablemente:

—Falacias... Todo falacias...

Capítulo IV

Reunión a mediodía

Terencio Bedoya, melifluo y misógino, era quizá el más inteligente de los congregados, en las Islas Galápagos. Pero sus muchas lecturas mal asimiladas enturbiaban la natural inteligencia que poseía.

Una vez hubo entrado en su sala capitana, señaló al Pirata Negro un escabel frente a la. mesa.

—Eres mi invitado, capitán Retama. Yo soy distinto al mejicano, que es grosero, y al costarriqueño, que es inculto. Reconozco en ti al avezado jefe. Hace tiempo que no converso con alguien de mi altura intelectual.

—También yo, capitán Bedoya, —Es providencial nuestra alianza, Si el tesoro es de la importancia que aseguras, hemos de celebrar como excepcional nuestra fraterna amistad leal.

—Así es. Tu bergantín es magnífico, capitán Bedoya. El mejor de los cuatro veleros anclados en esta isla.

—Y mi tripulación, la más aguerrida. Pero por filosofía estoica acepté que Gómez se atribuyera la potestad de mandar en nuestra alianza.

—El estoico desprecia los vanos halagos, capitán Bedoya, porque sabe que la verdad siempre se impone por sí sola.

—Cierto, capitán Retama. Eres culto. Tu compañía me resulta provechosa.

—Es recíproca la ventaja.

—Eres pirata veterano, y por eso inútil resulta que te advierta que debes desconfiar de la aparente amabilidad de Pancho Gómez, que es poco de fiar.

—Esa impresión tengo. Sabes la costumbre, ¿verdad? Nosotros,

los hombres de ánimo filosófico parecemos no observar, pero sabemos juzgar de una ojeada. Pesamos al hombre, y después, oyéndole, acabamos de definirlo. No me gusta el mejicano.

Terencio Bedoya, que odiaba a Pancho Gómez, aprobó, y, agitando el índice en el aire, dio fijeza a su mudo asentimiento.

El Pirata Negro, sondeando el terreno, aventuró:

—Os, vi a los tres, y formé mis conceptos, sujetos a error, como humana elucubración. Quedamos, pues, en que coincidimos al reputar falso y poco de fiar a Pancho Gómez. Más difícil de definir es Ernesto Valdivia.

—Otro mujeriego—dijo, desdeñoso, él venezolano.

Puso el Pirata Negro cara de asco.

—Desprecio a los que sólo piensan en faldas. Tiempo ha que mi filosofía me ha enseñado a vivir alejado de todo embeleso femenino. La mujer es la perdición del hombre.

Aquella frase, que cada vez que la emitía le valía burlonas críticas de Pancho Gómez y ceñudas desaprobaciones de Ernesto Valdivia, colmó de ufana satisfacción a Terencio Bedoya.

—Coincidimos plenamente, capitán Retama. Sólo el hombre fuerte, como nosotros, logra mantener una claridad de pensamiento que le impide sucumbir al necio atractivo femenino.

Siguió, la conversación por esos derroteros, y una de las observaciones de Terencio Bedoya hizo mella en el ánimo del Pirata Negro fue cuando, a propósito de Dolores González, dijo el venezolano:

—Es venenosa, turbia y esclaviza la voluntad. Falsa y traidora. Viste la facilidad con la que, apenas muerto Bartek, enlazóse como serpiente a su nueva víctima. Puedes prevenir al capitán Lucientes, si con él tienes amistad suficiente. No me extrañaría que ahora que Manolo Fuentes es capitán de barco, siguiera Lucientes la fuerte de Bartek. Yo observo mucho. Tengo un nivel cerebral superior al de cuantos acá se reúnen…

Un contramaestre vino a interrumpir al capitán Bedoya, para anunciar que acababa de llegar a bordo Pancho Gómez.

Y poco después el mejicano entraba, más obsequioso que nunca.

—Fraternidad, hermanos. ¿Te encuentras, a gusto, Retama?

—He hallado en el capitán Bedoya un alma gemela—dijo Lezama, con tono admirativo.

—Bueno es saberlo—dijo el mejicano—. Han ocurrido recientemente novedades, que me hicieron pensar en que no sería conveniente reunimos a mediodía.

—¿Qué novedades?..—inquirió Bedoya.

—A su momento las sabrás. Pero ahora, viniendo a tu bordo, pensé que debemos reunimos. Daremos la acogida fraterna a nuestros tres nuevos aliados. Con toda pompa. A cuatro mesas, y con formación de todas las tripulaciones. Debemos hacer constar que todos los festejos y honores son pocos para agradecer la presencia de tan importantes huéspedes.

—No me juzgo tan importante. Será por excesiva modestia.

—¿Cómo no? Vales un tesoro—rió el mejicano.

Por los esfuerzos que hacía en contenerse, sudaba levemente. Prefirió, para calmarse, exponer a Bedoya las órdenes que debía dar para que con toda solemnidad se reunieran al mediodía todas las tripulaciones en la playa.

* * *

“Cien Chirlos” podía ser tardo.de pensamiento y carecer aparentemente, de agilidad cerebral.

Pero, en cambio, poseía muy desarrollado el sexto instinto de alarma que le notificaba peligro cercano.

Y percibía peligro en la taciturna actitud de Ernesto Valdivia, el cual, desde que con él había subido a bordo, no había pronunciado una sola palabra.

Pero sus miradas inquisitivas, parecían taladrar al aragonés.

Al rondar el mediodía, los tripulantes fueron desembarcando, y, con bastante orden, formaron en tres hileras.

En la playa, las cuatro tripulaciones, formaban amplio cuadro. Ante cada una de ellas, en una mesa, ocupaban cada costado de ella el lugarteniente y el primer contramaestre de cada capitán.

El primero en ocupar su mesa fue Manolo Fuentes, y, como exigía el ceremonia de pacto, en pie quedaron ante la mesa Diego Lucientes y Ambrosio Bustamante.

Descendió después Bedoya con el Pirata Negro. Y Pancho Gómez, con Cheij, empezó a impacientarse ante la tardanza de Ernesto Valdivia.

El costarriqueño tuvo una fugaz sonrisa, compendio de torvas amenazas, cuando, antes de descender la pasarela, hacia donde

todos esperaban, miró a “Cien Chirlos”.

—A ti te conozco muy bien, igual que a tu capitán—anunció, inesperadamente.

Era la primera vez que dirigía la palabra al aragonés. Éste guardó silencio.

Y nada más añadió el costarriqueño.

En la playa, Pancho Gómez miró con airado reproche a Ernesto Valdivia que se había hecho esperar.

Para Cheij la especial formación de las cuatro tripulaciones presentaba un espectáculo nuevo, donde parecía latir una torva amenaza.

Lo achacó a las patibularias caras de cuantos allí reuníanse. En la playa, y a corta distancia de las pasarelas, tras los piratas, Dolores González intentaba divisar algo.

Pero las espaldas, en compacta masa, se lo impedían.

Diego Lucientes al igual que los otros dos piratas del “Aquilón", no sentían la menor inquietud.

Era aquélla una de las ceremonias a la que tan aficionados eran los ladrones del mar. Tenía, como todos tus actos, algo de ritual establecido.

Sentáronse los cuatro capitanes, y, al hacerlo ellos, sus respectivas tripulaciones adoptaron posturas más cómodas. Oyeron rumores de charlas entre ellos, que cesaron al erguirse el mejicano.

Ya no había canturreo en la manera de hablar de Pancho Gómez, que engrosando la voz, fue diciendo:

—Nuestra reunión tiene, en primer lugar, por objete confirmar el mando del velero perdido por muerte de Ladislao Bartek, al capitán Manolo Fuentes. ¡Un triple “viva” para el capitán Fuentes!

Por tres veces resonó la aclamación, cansina, sin entusiasmo. Pancho Gómez miró ahora con fijeza uno a uno a los nuevos huéspedes de la, isla que respondía al sugestivo nombre de La Encantada.

—Por otro motivo, nos hemos, reunido para acoger fraternalmente a tres capitanes, a quienes generosa alianza hemos brindado. Siguiendo nuestra ley, procedo a darlos a conocer por la menor categoría. ¡Capitán Cheij, “El Chacal”!

Avanzó el hijo del Pirata Negro a la señal de Pancho Gómez, el cual, espada desnuda en mano, posó la hoja sobre el hombro

derecho del joven.

—Pacto y choca. Muerte y horca— dijo, solemnemente.

Repitió Cheij el juramento de lealtad.

La misma escena tuve lugar con Diego Lucientes.

Tras del madrileño, Ambrosio Bustamante ofició.de lugarteniente.

—A vuestros sitios—ordenó Pancho Gómez.

Colocáronse los tres hombres a espaldas de las mesas ocupadas por los respectivos capitanes que les daban alojamiento a sus bordos.

—Vos, capitán Retama...—anunció Gómez, con repentina afabilidad de taño.

Había en sus ojos algo huidizo, morboso... Recordaba el consejo de Manolo Fuentes de “engañar”.

El Pirata Negro avanzó. También un sexto instinto le advertía algo de anormal en la sinuosa sonrisa del mejicano.

—Vos sois el de superior categoría de nuestros aliados nuevos, capitán Retama. Os debe complacer entrar a formar parle de flota compuesta de bregados veteranos, Más de quinientos hombros nos están contemplando, capitán Retama.

Apoyaba significativamente el mejicano sobre la palabra “Retama”. Una creciente sospecha invadió la mente del Pirata Negro.

Pancho Gómez quería prolongar su “juego”, pero la cólera le sofocó, e hizo la señal, que los otros capitanes., secretamente advertidos, repitieron...

Les “cintos”, disimulados tras las espaldas por varios, piratas, a cada uno de los cuales había se les encomendado una captura, entraron velozmente en funciones.

Eran largas enlazadas, rematadas por anchas correas. Tenían en anillo un nudo especial, qué, al cerrarse las correas alrededor de un busto, quédalo sólidamente incrustado en las espaldas de los así repentinamente inmovilizados.

Y complementando la rápida acción por cada lacero, dos piratas tendieron, de frente y por detrás, largas pértigas herradas, apoyándolas en hombros y pecho de los capturados.

Cheij palideció al ver al Pirata Negro capturado al igual que él. Diego Lucientes imprecó, al igual que “Cien Chirlos” y Ambrosio

Bustamante.

Cuantos presenciaban la escena continuaron estólidamente indiferentes.

Pancho Gómez quitóse el chambergo de negras alas alzadas, y se abanicó furiosamente, emitiendo una risita burlona.

—Nadie se mofa de nuestra alianza, capitán Retama..., ¿o prefieres que te llame por tu nombre de renegado?

El Pirata Negro, inmovilizados los brazos contra el busto por la correa y los tobillos por recio cáñamo que, acababa de pasarle un pirata, desde atrás, alzó el mentón en gesto de reto.

—¿A qué tantos circunloquios, mejicano? Fui el conde Ferblanc, y soy ahora el Pirata Negro. ¿Pasa algo?

Capítulo V

La fe

La fragata cabeceaba pesadamente debida a la mar gruesa, pero en su avance denotaba la perfecta construcción equilibrada de su casco.

Ondeaba en lo alto del mástil el gallardete de los leones de Castilla.

En la cubierta toldilla de proa, dos hombres paseaban lentamente, uno de ellos, con bamboleo de habituado, el otro, con menor estabilidad.

El a todas luces marino, vestido sobriamente de paño pardo, tenía en los negros ojos un fulgor de desvelado. Sus blancos cabellos ensortijados, hacían destacar aún más la tersura da su piel y la febril negrura de sus ojos.

El otro, alto también, más joven, apuesto y atildado en el vestir, tenía de común con su compañero una expresión de alucinado.

—Mala mar, almirante—comentó el más joven.

—Nunca es mala. Acusad al viento, que es loco. Mejor estaríais en vuestro palacio gubernamental de Santa Fe, don Ramiro.

Ramiro Luances de la Gándara denegó con la cabeza y, a la vez, cercioróse de que en la cubierta toldilla nadie podía oírles.

—Me abruma como a vos la fe perdida, almirante.

Ei burgalés, cristiano viejo coma gustaba de afirmar, miró con cierto reproche a su compañero.

—¿Do qué fe habláis?

—De la que vos y yo teníamos en el conde Ferblanc.

Asintió Juan Diéguez. Su interlocutor, ya en equilibrio estable, al haberse detenido el almirante junto al pasamanos, continuó, asido al reborde de pulida madera afiligranada:

—Me viene a las mientes una frase que en cierta ocasión le oí a un incrédulo. Decía que eran felices los que tienen fe en un mundo mejor, porque eso les daba resignación para sobrellevar las injusticias terrenas. Yo soy cristiano, pero poca fe tenía en los hombres, hasta que conocí al conde Ferblanc. Lo juzgué de rebelde temple, poco dado a acatar leyes, y, no obstante, justiciero y del todo incapaz de villanía. Y ahora… ¡he perdido la fe en él!

—Cara y cruz—replicó lacónicamente el almirante.

Su acompañante miróle sorprendido.

—¡Qué más quisiera yo, almirante! Pero esta vez no hay anverso ni reverso. Las apariencias no engañan en este caso concreto.

—Aguardemos a que los acontecimientos… nos confirmen quo la fe que en el conde Ferblanc depositamos fue vana.

El litoral marcábase a poca lejanía, con sus salientes y entrantes. Habíase rebasado la línea ecuatorial. La fragata navegaba al frente de otras dos naves.

La orden para los vigías y artilleros de las tres naves ora explícita.

La primera que diera vista al velero "Aquilón" debía izar banderolas de petición de parlamento. Si el invitado pretendía seguir marcha, denegándose, la repetición de la pacífica criminación sería seguida por descarga de las piezas.

El vigía de la fragata cantó estentóreamente:

—¡Velero tres punto a babor! ¡Anclado en la cala!

Los ojos del almirante podían denotar varias noches sin sueño, pero sus manos, con firme lentitud, empuñaron el anteojo, que proyectó hacia la cala señalada.

—Es el "Aquilón"—dijo fríamente, —Proa a la cala—comunicó despaciosamente al oficial, que presuroso acababa de acudir—. Trasmitid, orden a las dos naves, que, al pairo, cierren paso.

La fragata describió armonioso vaivén, mientras enfilaba su proa en sesgo hacia la cala protegida, donde anclaba el "Aquilón". Nerviosamente oyó el gobernador de Santa Fe la siguiente orden del almirante:

—Icen banderolas de parlamento. Preparados remeros de lancha, y enciendan mechas los artilleros de proa.

Alejóse el segundo oficial.

Ramiro Luances de la Gándara murmuró:

—¿Creéis que presentará combate?

—Poco ducho sois en cosas de mar, don Ramiro. El velero nos vio antes que nosotros le divisáramos. Sigue allá, y ahora para huir es tardío.

Alentaba en la voz del almirante una nueva tonalidad, distinta a la de los recientes días.

Ramiro Luances percibió la diferencia, y sintióse acometido de repentina esperanza.

—¡Entonces... si allá nos aguarda, es que sabrá explicar...!—pero él mismo no pudo terminar.

Desde la entrevista con el virrey, en el que un oficial recién llegado de Quito comunicó la atroz matanza que, piratas en número superior, habían realizado entre los soldados, cercando la posada "La Vicuña", rematando a los heridos y escapando los sitiados Pirata Negro, Cheij y Lucientes, Ramiro Luances de la Gándara sentía un sordo rencor contra los tres fugados, pero en especial contra el conde Ferblanc.

No podía olvidar, y así lo había ya confesado al almirante, que se consideraba el principal responsable de lo sucedido, ya que él mismo era quien había dado libertad a los presos en otra ocasión, aprovechando la confusión originada por el Corsario Gris en la cárcel de Santa Fe, de Bogotá, y su pasadizo subterráneo.

Don Juan Diéguez, a medida que la fragata acortaba distancias, manifestó:

—Han izado respuesta de consentimiento allá en el velero. No considero vergonzoso añadir que me siento como el cadete en su primer viaje.

—¿Os,.puedo acompañar a bordo del "Aquilón", almirante?

—No somos nosotros quien allá vamos, sino que por ser ésta la fragata almirante, y aquél, velero que sigue perteneciendo a "La Implacable", lancha botarán a nuestro encuentro.

La cala pareció estrecharse cuando la fragata inmovilizóse en su boca, pasando del cabeceo que le imprimía el oleaje al lento vaivén de la encalmada y larga hondada del golfo.

Pero seguía velas hinchadas, y sólo las mayores pendían, dispuestas los maniobreros a tensarlas de nuevo al menor síntoma de combarte, poco posible a sus expertas opiniones.

Mas, a lo lejos, las otras dos naves cruzábanse en viaje de

acecho.

Destacóse del velero una lancha tripulada por ocho remeros, y reprimió Ramiro Luances una exclamación dé asombro cuando, tras en silencio tenderle el anteojo, señaló el almirante la lancha que iba aproximándose.

En ella, sentada a popa, envuelta en un chal, una mujer se erguía en posición de natural arrogancia sin empaqué.

—¡La señora marquesa de Ferjus! —exclamó Luances.

—Ella es, en efecto. Y puedo haber perdido la fe en el conde Ferblanc, pero no tanto como para deducir que si hacia aquí viene su esposares que a bordo no está el hombre cuyas explicaciones deseamos oír.

—Enojo me causa tener que hablar con la marquesa, almirante.

—¿Por qué?

—Ella no tiene culpa... y nosotros aquí... Resulta poco galante...

—No hay galantería en el código de barco a barco.

Por la escala tendida, dos de los remeros ayudaron a subir a Mireya de Ferjus, a la cual Juan Diéguez tendió el antebrazo para que en él posara ella la mano.

—Mis excusas, señora—dijo fríamente el burgalés—. Pedí parlamentar con el capitán del “Aquilón”, o, en su ausencia, con su lugarteniente.

—Ambos están ausentes, almirante —replicó ella.

También sus ojos, marcados por hondas ojeras, hablaban de noches de desvelo.

—Conocéis ya al señor Luances.

—En efecto. Os saludo, señor gobernador.

—A vuestros pies, marquesa—replicó Luances, inclinándose profundamente.

—Esos dos hombres que me acompañan—dijo ella—son los que han sabido interpretar vuestra orden, almirante. Son también los últimos que han visto en vida a mi esposo.

Por vez primera pareció el almirante perder su serenidad.

—¿Decís, señora...?

—Invitadme a vuestra sala y podremos hablar mejor.

—Perdonad—se excusó sinceramente el burgalés—. Os debo agradecer la lección que siempre sabréis dar, de ser la gran dama, que aun en los más molestos trances, como el que ahora nos reúne,

tranquiliza los ánimos con su presencia de espíritu. Aceptad mi brazo, señora. Y lisa y llanamente, de caballero a dama, admitid mis condolencias por tener que ser almirante y juez de quien es vuestro esposo.

Siguió tras ellos don Ramiro Luances, y a corta distancia, los piratas Juan Pérez y Lucio Agudo.

En la vasta sala, de sobrio amueblado, señaló Diéguez un sillón.

—Hacedme la merced de acomodaros, señora.,

Sentóse ella, y el almirante, en pie, miró hacia el umbral.

—¿Vuestros dos hombres deben oírnos?

—Sí. Y hablarán también, cuando preciso sea. Abreviemos, almirante, porque supongo que tenéis prisa y yo también. Al parecer de esos dos lobos de mar, el despliegue de vuestras tres naves significa intención de cerrar el paso, y vi perfectamente el brillo de las mechas encendidas de vuestros artilleros.

—Así es. La maniobra que ordené estaba destinada a disparar si no era obedecida la orden de parlamento, señora.

—El semblante del señor gobernador manifiesta a las claras un enojo pleno de confusión. Quizá también el mío, almirante. Podéis replicarme que no es conmigo con quien vinisteis a tratar, pero en ausencia de mi esposo, aquí estoy yo.

Y su última frase tuvo en los labios femeninos cierto reto. El almirante tardó unos instantes en replicar:

—Supongamos que más domino mis reacciones, señora. Tuve el honor de que hasta hoy me considerarais vuestro amigo. Os llamaba Mireya, y vos nunca citabais mi grado. No tengo nada de sentimental, señora, pero muy íntimamente deploré la enojosa situación en que nos ha colocado mutuamente vuestro esposo, el conde Ferblanc.



—¡Vos mismo no lo podéis creer! ¡Niego tal acusación!

—Queda por ver quién ha colocado a quién en esta enojosa situación, almirante. No... No os acuso a vos..., ¡pero no acuséis a mi esposo! Y no me digáis que es natural que a cuanto realice Carlos Lezama, yo le dé el parabién. Fuisteis muy amigo mío. Volveréis seguramente a serlo... Pero ahora hay de por medio un obstáculo, una barrera...

—Sólo puede derribarse de un modo, señora: con la presencia de vuestro esposo. Pero abordemos directamente los hechos. Estáis ya lo suficientemente impuesta en el conocimiento del carácter mío, tan terco cuando la ocasión llega, como lo es el del conde Ferblanc. ¿Puedo saber por qué no está a bordo?

—Vuestra pregunta es pueril, almirante.

—Al parecer sí. Pero al irse aproximando mi nave, he podido contar los tripulantes del velero. Están casi al completo. Faltan capitán y lugarteniente.

—Habéis dicho que abordemos directamente. Hacedlo, almirante. Sin rodeos.

Frunció las poderosas cejas él burgalés.

—Señora, en vuestro léxico hay la influencia del conde Ferblanc. ¡Abordo! ¿Sabéis por qué al frente de tres naves he cerrado el paso al “Aquilón”?

—Vos diréis.

—Por orden del virrey, que atendió a mi propia petición. ¿Os puedo interrogar?

—A eso he venido..., reservándome a mi vez el derecho a interrogaros de dama a caballero, o, si lo preferís, de Mireya a don Juan Diéguez, a secas.

La actitud de Mireya de Ferjus era patética. Tenía arrogancia, pero enorme tristeza en sus ojos. Y Ramiro Luances casi sintió alivio, al oír decir al almirante:

—Mireya... Tratemos de conversar como amigos...

—No tal, señor almirante, hasta que me digáis de qué os hacéis mantenedor en acusación contra Carlos Lezama.

Impaciente, volvió a erguirse Juan Diéguez.

—Mantengo contra el conde Ferblanc la acusación de haber facilitado la fuga de los Sentenciados Lucientes y Cheij.

—La acepto en nombre de Carlos Lezama. ¿Qué otra acusación?

—De haberse evadido de la posada “La Vicuña”, donde los piratas dieron muerte alevosa a los cincuenta soldados allá apostados, y a su capitán, rematando a los heridos.

Púsose en pie Mireya de Ferjus, y su índice tendióse temblando de acusadora indignación hacia el almirante:

—¡Vos mismo no lo podéis creer! ¡Niego tal acusación!

—Perdonad. Mireya. El virrey está bien informado y...

—¡Miente el virrey, miente quien le informa y miente quien pueda por un solo instante creer a Carlos Lezama capaz de ordenar rematar soldados mal heridos!

Vibraba de indignación la voz de Mireya de Ferjus. Avanzó el almirante las dos manos, que apoyó en los hombros femeninos.

Una rara sonrisa esbozóse en el rostro que escasamente sonreía.

—Por favor, Mireya... Atengámonos a los hechos. Yo no puedo creer capaz a Lezama de dar orden de rematar heridos, cuando eran soldados que un deber cumplían. Pero os expongo la cara de los hechos. El reverso..., ¡sólo Lezama lo sabe!

—¡Y yo!—exclamó ella, trémulos lo¡labios.

—Vos... sois esposa fiel, amante buena y sensible, Mireya. Pero desgraciadamente todos los hechos, de que ha sido informado el virrey acusan netamente la acción alevosa de piratas que, al dar libertad a los tres sitiados en la posada, fueron avizorados por imparcial testigo, quien vio al conde Ferblanc partir a caballo con los otros dos sentenciados, en grupo de jinetes, que eran los que ha pocos minutos habían estado rematando los heridos.

Mireya de Ferjus llamó:

—¡Avante, Juanelo y Rucio! Hablad vos, Juanelo. Tal y como a mí me hablasteis, palabra por palabra.

—¿Todo, señora?—inquirió asombrado el pirata.

—Todo... Pero antes quiero tan sólo una respuesta, señor almirante. ¿Creéis que mi esposo os vio llegar y huyó?

—¡Señora!—exclamó indignado ahora el interpelado—. Si vos estáis aquí, es porque a mi encuentro no pudo venir Carlos Lezama.

—Entonces, hablad, Juanelo. Y no olvidéis nada.

El pirata avanzó otros dos pasos, hasta colocarse frente al almirante.

—Estando en el mesón “La Vicuña”, nuestro, jefe nos ordenó a mí y a Rucio dos misiones. A él, mi compañero, avisar a maese Huarte, que se presentara en Quito. A mí, que advirtiera al capitán Indalecio Guzmán de que dejara zarpar el “Aquilón”. Del mesón habían partido mi señora, aquí honrándonos, y la señorita Lucientes. Zarpó el “Aquilón” a esta cala, sitio señalado por nuestro jefe, para unión. Yo, en compañía de Rucio, regresé al mesón... pero vi cerco de soldados. Esperamos..., y llegó nuestro jefe.

Miró el pirata, vacilante, hacia Mireya, que asintió.

—Pues... nuestro jefe que se encaminaba al mesón, nos ordenó volviéramos a galope tendido a esta cala..., y que al llegar al “Aquilón”..., ¿lo digo, mi señora?

—Hablad, sin temor, Juanelo. Cuanto ordena el conde Ferblanc, es para repetirlo en voz muy alta.

Lo hizo al pie de la letra Juan Pérez, exclamando:

—¡Nos ordenó que al llegar al “Aquilón” reuniéramos a todos y nos desplegáramos armados y prestos a todo por los alrededores del mesón, en espera de la orden de ataque!

Ramiro Luances de la Gándara, que escuchaba ansioso, mostró ahora su estupefacción.

Frunció las cejas el almirante.

—Continúa—invitó.

En voz normal, dijo Juanelo:

—Cuando llegamos al mesón, había gente, pero ningún soldado. Los comentarios eran los que vos, señor almirante, habéis dicho se hacían ante el virrey. Unos piratas atacaron el mesón, dieron muerte a los soldados, y todos se fueron, con nuestro jefe y sus dos amigos. Eso es cuanto vine a comunicar a mi señora. He dicha y eso es todo cuanto sé, que por la gloria de la que me dio vida, juro ser verdad.

—¿Pueden estos hombres dejarnos solos, señora?

—Retiraos, amigos míos—rogó Mireya.

Saludáronla los dos piratas, y al quedarse solos en la sala, Mireya, Diéguez y Luances, éste aguardó con ansia lo que iba a decir Juan Diéguez.

—Confidencialmente os diré, Mireya, que creo en vuestra fe... en cuanto acaba de decir este hombre... Pero, ¡nadie podrá creer que así sucedieron os hechos! Ved que el conde Ferblanc es odiado a muerte por todos los pintas. ¿Cómo ésos iban a salvarle de comprometida situación? ¿Cómo nadie creerá en que en amigable compadrazgo fuéronse todos del mesón?

—¡Carlos Lezama no está aquí, señor! Eso es cuanto sé. Y quiero con ello decir, que si él no huye de ningún hombre, por encumbrado que esté, con menos motivos de mí huiría. Si conmigo no se reunió..., algún día la razón se sabrá..., ¡y entonces..., entonces, don Juan Diéguez, aceptaré vuestras excusas! Y ahora... quiero retirarme. Ya sé, ya sé. El “Aquilón” queda preso, al igual

que su tripulación. Dejad nave a la vista, pero no importa... Del primero al último de los piratas del "Aquilón", ninguno abandonará el bordo, porque ellos y yo esperamos el regreso de nuestro jefe.

—Aceptad mi brazo, señora. Aceptadlo, Mireya. No veáis ni en mí ni en don Ramiro Luances, enemigos... ¡sino hombres que tuvieron fe en el conde Ferblanc y quieren tenerla de nuevo!

Antes de que ella descendiera de la pasarela, inclinóse Luances para besar su diestra,

—Os juro, señora, que con ansia espero ver claro... y que se confirme mi creencia de que todo tiene cara y cruz.

—Gracias, don Ramiro... Y vos, perdonadme... si he sido dura.

Y repentinamente, toda la fuerza nerviosa abandonó a Mireya de Ferjus, que impulsivamente abrazóse al almirante hundiendo el rostro en su pecho.

Y Juan Diéguez, húmedos los ojos, dio a su voz la mayor firmeza para decir:

—No seáis niña, Mireya... Id tranquila... Yo daré con Carlos Lezama... Y éste sabrá demostrar que todo tiene cara y cruz... Y volveremos a ser amigos... Id tranquila.

Cuando alejábase la lancha que conducía al "Aquilón" a la desconsolada Mireya de Ferjus, la fragata daba cabeceos de nuevo a mar abierta y hacia el Sur.

Juan Diéguez miró a su acompañante.

—Mal instante he pasado, amigo Luances.

—Peor yo, almirante. Porque al fin y al cabo, vos habéis capeado mil tormentas.

—Nunca tormenta de esposa ciega de fe y amor.

—¡No puede ser!—exclamó encolerizado súbitamente el madrileño.

—Tratad de explicarme lo que no puede ser.

—¡Todo eso! Tiene que haber una explicación... No sé cuál, pero tiene que haberla... Ni ella ni nosotros nos merecemos perder la fe en el que antaño fue el Pirata Negro, el héroe caballeroso, y que tan caballerosamente sabía ocupar su difícil cargo de conde Ferblanc. No nos lo merecemos... Y hay hechos aparentes que hablan en favor;.. Lezama no está con su esposa. El "Aquilón" sigue esperándole... Comprended, almirante. Si Lezama hubiera cometido eso de que se le acusa, ha tiempo que hubiera puesto velas al largo,

lejos de esas tierras... ¡Tengo fe! ¡Él sabrá aclararlo todo!

—Ojalá—dijo sombríamente el burgalés.

La fragata seguida por una nave habiendo la otra quedado a la vigilancia del “Aquilón”, atracó frente a un promontorio, en cuya cumbre soldados ejercían señales.

Un oficial vino a informar que un pastor, había visto a los por todas señas, autores del asalto al mesón entrando en nave.

Y la nave, partiendo de aquel mismo lugar había puesto rumbo hacia el archipiélago de los Galápagos...

Capítulo VI

Graznan los cuervos, ríen las hienas

—¿A qué tantos circunloquios, mejicano? Fui el conde Ferblanc, y soy ahora el Pirata Negro. ¿Pasa algo?

Reinó un absoluto silencio después de la retadora declaración de Carlos Lezama.

Quebróse el silencio por el rumor de una risita aguda, que el mejicano emitía... A esta risita, hizo eco otra de Terencio Bedoya. Aumentóse con la risotada de Manolo Fuentes.

Y fue un brotar de carcajadas contagiosas, que de pirata en pirata comunicábase.

Las muecas y el sonido eran alegres... pavorosamente alegres. Y para Diego Lucientes, Cheij, Cien Chirlos y Ambrosio Bustamante, aquellas risas eran compendio de salvaje algazara, bestialmente frenética.

Sólo un hombre estaba taciturno Ernesto Valdivia, el costarriqueño, él fue quien con largo brazo musculoso, contraídas las mandíbulas brillantes los simiescos ojillos, impuso repentino silencio, porque su diestra en feroz revés abofeteó a Carlos Lezama, cuya cabeza ladeóse al impacto brutal.

—¡Silencio!—aulló el costarriqueño, que tan veloz había sido en su cobarde acometida como en su salto hacia delante.

Repitió varias veces su conminación, y por fin, acalladas las gargantas, Pancho Gómez gruñó:

—¿Te ha enloquecido el saber que en nuestras manos está este condenado felón traidor? No tengas impaciencia, capitán Valdivia. Todo sr andará. Sabed, hermanos, que ese valentón que osa adoptar actitudes de reto, engañó a los hermanos “Medio-Brazo” y “El Chacal”, fingiendo que se había rebelado contra el poder y

autoridad del Virrey. ¿Qué pretendía? No le bastaba capturar a esos dos. Nos quería a todos... ¿Os dais cuenta?

De nuevo estallaron risotadas... Frente a Lezama, Ernesto Valdivia le miró con sombría fijeza. Más que nunca parecía un monstruoso simio colérico.

Lezama escupió de lado, y en sus labios, manó un hilillo de sangre.

—¡Cesen de graznar los cuervos! —gritó estentóreo.

Y su voz se impuso a la cacofonía de risas.

—Oigámosle, oigámosle—filio Pancho Gómez, riendo agudamente—. Nos deleitará.

—Seguro... Que me creáis o no, me tiene sin cuidado. Antes dije si pasaba algo... y lo sigo preguntando. Aparte el mojicón que ese valiente acaba de propinarme, porque estoy brazos y pies sujetos, nada ha sucedido para que graznen los cuervos y rían las hienas. ¿Qué pasa? Soy el Pirata Negro. ¿Que estoy aquí y dije llamarme Retama? Era porque tanto peligro corría entre vosotros el conde Ferblanc, como el Pirata Negro. ¿Por qué vine? Los soldados querían mi piel.

—¡Falso!—rebatió Pancho Gómez. —Fuiste libre al salir, y libre al volver al mesón. Bien informado estoy. Por lo tanto, era porque para engañar a los hermanos “Medio-Brazo” y “El Chacal”, decidiste preparar la trampa de engaño, convenciendo al Virrey. Debías tener barruntos que aquí nos reuníamos, y decidiste dar el gran golpe. ¡Y te lo has dado, guanajo!

Diego Lucientes, Cheij y los dos piratas del “Aquilón”, estaban con los miembros tensos en inútil forcejeo muscular.

El mismo Cien Chirlos”, quien entera confianza tenía en el poder que juzgaba milagroso de su jefe, había perdido toda confianza.

Pancho Gómez alzó los dos brazos como invocando silencio.

—Orden di de lanzar los “cintos”, porque al igual que tú y tu lugarteniente vais a conocer mi justicia, ellos debían ser defendidos. Quedaréis libres, capitanes Lucientes y Cheij... pero ahora nuestro código, exige esta momentánea prisión.

—¡Tú, calla!—gritó el Pirata Negro al ver que su hijo iba a hablar—. ¡Aquí hablamos sólo yo y éste, que por lo visto se arroga la voz de todas esas hienas! Aquí he venido, sin trampa. Me he rebelado contra los que quisieron darme órdenes. ¿Por qué? Porque

di con el más fabuloso de los tesoros... y puesto que el azar quiso que algunos de vosotros por liberar a Dolores, González, me liberarais, pago con el tesoro.

Ernesto Valdivia alargó su zurda, y asiendo los cabellos del Pirata Negro le zarandeó la cabeza.

—¿Nos crees imbéciles, Ferblanc? No debes suponerte que somos crédulos piratas que como otros se rinden a tu elocuencia. Engañaste a Lucientes y al árabe. Ellos saben dónde está el tesoro. Ellos nos guiarán, Tú y tu lugarteniente oiréis graznar sobre vuestras carroñas colgadas los cuervos, y si no las hienas, darán cuenta de vuestros restos los reptiles.

La voz ronca del costarriqueño sonaba henchida de rencor. Pancho Gómez pegó un puñetazo en la mesa.

—¡Todos tenemos querella con Ferblanc, Valdivia! Yo juzgo, y vosotros aprobáis.

Soltó el costarriqueño la cabeza que hasta entonces a la vez que hablaba había estado zarandeando.

Volvióse para enfrentarse con el mejicano, arqueados sus brazos, como fiera próxima a embestir.

—¡Pregúntame por qué ese traidor me pertenece! ¡Pregúntame por qué mi verdugo debe colgarlo del palo mayor!

—¿Por qué?—preguntaron a la vez Bedoya y Pancho Gómez.

Manolo Fuentes, como capitán nuevo, y diplomático tortuoso, prefería ser mero espectador.

Ernesto Valdivia escupió primero, para después broncamente ir exponiendo:

—Hace veinte años, un Valdivia imperaba en el Mar de los Sargazos. Se llamaba Jerónimo. Su velero fue hundido. Él fue ahorcado en el palo mayor del velero vencedor. ¿Sabéis quién era Jerónimo Valdivia? Mi hermano; el único hombre que me tenía afecto. Era yo entonces un jovenzuelo llanero, y muy a orgullo tenía ser hermano del famoso filibustero Jerónimo Valdivia. ¿Sabéis quién le hundió el barco?

No miró hacia atrás el costarriqueño. Su brazo revolvióse para estampar otro, sonoro bofetón al Pirata Negro.

—¡Éste! ¿Sabéis quién le ahorcó? ¡Este! ¿Tengo pues derecho o no a ver las suelas de las botas de este felón colgar en lo alto de mi. Mástil?

Los rugidos que se elevaron expresaban la más completa aprobación.

Terencio Bedoya impuso silencio, y acariciándose los aceitosos bigotes lacios que surcaban su piel grasienta, inquirió:

—¿Ahorcar sin tormento? Pena leve...

—¡Vive y nos afrenta!—rugió Valdivia—. ¡Muerte pronta! ¡A mi bordo! ¡Eso pido! ¡Eso pide el capitán Jerónimo Valdivia!

Lo que siguió fue rápido y bestial. A la señal de Ernesto Valdivia varios piratas abalanzáronse...

A rastras lleváronse a Carlos Lezama y "Cien Chirlos". Las imprecaciones de Cheij Khan, Diego Lucientes y Ambrosio Bustamante, quedaron desapercibidas, porque todos aullaban como enloquecidos.

La clara luz solar iluminaba crudamente el rápido frenesí, con el cual manoteaban varios hombres a bordo del velero "Valdivia".

Separáronse, cuando Ernesto Valdivia, aproximóse a los dos hombres alrededor de cuyo cuello, el verdugo, de a bordo, había ya colocado el lazo de cáñamo, cuyo largo rollo colgaba pendiente de la jarcia alta.

Y fue escalofriante la brutal fuerza con la cual Ernesto Valdivia, arrancando de manos del verdugo el extremo de la soga, empezó a izar a la vez que lanzaba feroces improperios.

Izó por dos veces...

En el aire, los cuerpos de Carlos Lezama y "Cien Chirlos" se contorsionaron, atados brazos atrás y los tobillos pataleando juntos.

Y cuando los lejanos rostros de los ahorcados, congestionados, mostraron colgantes lenguas como en burlesca mueca, estalló un coro infernal de risotadas.

Todos contemplaban el palo mayor del velero "Valdivia". Nadie vio cómo Cheij Khan en hercúleo esfuerzo, lívido y descompuesto, cubierto de sudor frío y espumeante sanguinolencia sus labios mordidos, hacía saltar rota la ancha y recia correa que rodeaba su busto.

Ni nadie vio cómo Diego Lucientes de un salto chocaba contra el que inclinábase para abalanzarse...

—¡Quieto, Cheij! ¡Quieto! ¡Los muertos no pueden vengar a los muertos! ¡Quieto!

Y más que las palabras, detuvieron en su suicida impulso al hijo

del Pirata Negro, el rostro bañado en lágrimas del pelirrojo, el hombre que nunca había llorado desde su adolescencia.

Ambrosio Bustamante miraba como petrificado a los dos ahorcados. Tenía el alucinante aspecto de un hombre ante la más espantosa pesadilla real.

No podía creerlo... No podía creer lo que sus ojos veían. ¡Su jefe, el invencible, era el cadáver colgando de un palo mayor, codo a codo con "Cien Chirlos"!

Les tres estaban ahora como petrificados, al igual que los fulminados por un rayo. Lívidos, inmóviles, con incrédula expresión.

Diego Lucientes y Cheij volvieron lentamente la espalda. Cheij no podía llorar. Sentía sus ojos abrasándole, y en su pecho una llama arder, mientras arañazos laceraban sus sienes...

Cuando al cabo de unos diez minutos, un pirata acercóse a desatar a Cheij, creyó que otro habíalo ya hecho, y sin más indagar, corrió a tomar parte en el reparto de vino.

Quedaron libres Ambrosio Bustamante y Lucientes. Oíanse comentarios burlones, sanguinarios, mientras de cada nave, iban rodando barriles pasarela abajo...

Con sus platos rellenos de vino espeso, todos los piratas bebían entonando canciones bestiales.

Y allá en lo alto, los dos cuerpos del Pirata Negro y su lugarteniente, colgaban ya inertes, desmadejados con la especial flacidez que sólo la muerte otorga.

En la playa, la celebración de la muerte del conde Ferblanc y su lugarteniente, adquiría proporciones báquicas.

Eran varios los que enardecidos por el vino, interpelábanse al principia en chanza, para después ir agriando las réplicas, hasta terminar luchando a brazo partido, sin que nadie interviniera.

Como alucinados, Lucientes, Cheij y el navarro contemplaban sin verlo el aquelarre en que todos celebraban como el más grande y sonado de los triunfos, la presencia inmóvil en lo alto del mástil del velero de Valdivia los dos cuerpos ahorcados...

Pancho Gómez paseaba por la cubierta de su nave, con aires de triunfador pictórico.

Terencio Bedoya, ebrio, divagaba tomando por testigo a Manolo Fuentes, que rasgueaba su guitarra.

Rígidos, como muñecos con resortes, Lucientes y Cheij vieron acercarse a Ernesto Valdivia, seguido de dos piratas.

—No bebéis... Bebed—dijo secamente—. Brindad conmigo por la libertad de los mares. ¡Ha muerto el perro Ferblanc!

Puso Lucientes su zurda de hierro sobre el antebrazo derecho del hijo del Pirata Negro.

—Bebamos, Chacal. ¡Muerte y exterminio para los más! Bebamos pues, amigos.

La exclamación del pelirrojo si era aviso para Cheij, sonó para los demás como imprecación pirata.

Ernesto Valdivia apuró su copa. Cogió la zurda cubierta de Lucientes cubierta por manopla y la examinó.

Más que nunca semejó un gigantesco mono, de malas intenciones.

—Hierro. Eres fuerte, capitán Lucientes. Somos ya hermanos aliados. Celebrad la muerte del maldito Ferblanc... Es un hecho que las olas cantarán por años, pregonando que fue acá donde los piratas siempre cautos, lograron vencer, al que se creía invencible.

Y había una euforia alegre en el taciturno semblante del costarriqueño, al igual que en su bronca voz.

Lucientes enlazó por los hombros a Cheij.

—Vámonos, Chacal... Ven.

Con movimientos desprovistos de voluntad, el hijo del Pirata Negro anduvo junto a Lucientes.

Y nadie se extrañó, entre tanto ruido disonante, por la carcajada que de pronto emitió el joven.

Una carcajada demente, como de repentina locura.

En confraternidad de ebrios, las tres tripulaciones agrupábanse en la playa. Unos jugaban a los dados, otros narraban crímenes cometidos, y los más, tendidos, bebían incesantemente.

Dos contramaestres, armados de largos látigos, tenían por misión vigilar que no se cometieran excesos que pusieran en peligro la seguridad de las naves cercanas.

Ernesto Valdivia miró con frialdad al que junto a él, acababa de gruñir.

—¡Quiero pelear!

Y Ambrosio Bustamante mirando hacia lo alto del palo mayor del velero "Valdivia", repitió sombríamente:

—¡Quiero pelear!

—¿Con quién?—interrogó el costarriqueño fríamente.

—Con alguien... ¡Lo necesito!...

—¿Por qué? ¿Por quién?

El navarro había comprendido que Lucientes esperaba la ocasión más propicia de vengar la irreparable pérdida.

Pero deseaba desfogarse, y miró unos instantes al costarriqueño. Desistió porque le vio alerta...

Señaló hacia un árbol, donde aparecía atada una mujer, amordazada, y cuyos ojos enloquecidos demostraban todo el terror que la poseía,

—Quiero libertar a aquella prisionera.

Miró Valdivia hacia donde señalaba el navarro.

—Es la criada del mesón. Ya conoces la costumbre. Si no pagan rescate por ella, morirá. ¿Qué te importa a ti?

—Es la mujer que elegí por esposa.

—Paga el rescate.

—No tengo onzas... pero sí este puñal.

Ernesto Valdivia inclinóse. Su alta talla dominó al navarro. Presentó su propia bolsa.

—Estoy de buen talante. Toma... Hay más de cuarenta onzas. Si los que tienen la obligación de custodiarla, se oponen, usa el puñal.

Y sobre sus arqueadas piernas de jinete, alejóse el costarriqueño, cuyos largos brazos pendían a ambos costados de su bamboleante cuerpo atlético.

El navarro, atónito, estrujó la bolsa como si pretendiera reventarla. Iba a atrojarla al suelo... pero miró de nuevo a la pobre prisionera, y remontándose el cinto, sombrío el rostro, aproximóse a los que la custodiaban.

Capítulo VII

Sigue la orgía

Ernesto Valdivia, a bordo, miró hacia lo alto. Veía las suelas de cuatro botas.

Junto a él, su verdugo oficial, parecía ansioso de recibir la orden de bajar a tierra, para sumarse a la orgía...

—No tengas prisa, Huanuco. La muerte del traidor Ferblanc, es la victoria mayor para nuestra hermandad. Durará el regocijo varios días, que bien merece eso la fiesta. Tráeme acá al carpintero.

Regresó poco después el carpintero, casi empujado por Huanuco, el mestizo verdugo.

—La orgía seguirá—dijo Valdivia—. Y vosotros dos ganaréis, porque a cada uno os daré cincuenta onzas. Y recordad..., El verdadero tesoro lo tenemos nosotros tres. Si bajáis a tierra o bebéis más de un plato diario hasta que nueva orden os dé, cortaré vuestra lengua. Bastará, porque no sabéis escribir. Me conocéis... No insistió. Trae prontamente dos ataúdes, y la brea. Ayúdale, Huanuco.

Mientras duró la ausencia de los dos piratas, Ernesto Valdivia encaramóse ágilmente al palo mayor, trepando por él como un simio.

Quienes desde tierra le vieron, prorrumpieron en exclamaciones y comentarios. "A Ernesto Valdivia no le bastaba tener dos cadáveres. Quería además insultarlos de cerca..."

Cuando debajo del mástil, en cubierta, Huanuco y el carpintero, sostenían en pie los dos ataúdes, Ernesto Valdivia fue descendiendo a fuerza de puños a los dos ahorcados, cabalgando el palo horizontal de la jarcia.

Y cuando soltó el segundo y último remate de soga, bajó

vertiginosamente por el mismo palo.

Varios piratas habían subido a bordo, para contemplar los dos cuerpos que el verdugo y el carpintero introdujeron en los toscos ataúdes de blanca madera cepillada bastamente.

Rieron cuando mojando un extremo de soga en el cubo de brea, Ernesto Valdivia fue escribiendo en la cubierta del primer ataúd:

“En la isla Encantada, los piratas de Galápagos, ahorcaron a Ferblanc, en verano del 1723”.

Y sobre el otro ataúd escribió:

“Su lugarteniente”.

—En pie y en mi castillete—ordenó Valdivia.

Huanuco, el carpintero, y otros voluntarios llevaron los pesados ataúdes al lugar indicado.

Bajaron de nuevo a tierra para comentar lo visto. Y Huanuco, el carpintero, tras recibir sendas bolsas, dirigiéronse a la cala. Limitáronse a repetir lo que acababan de jurar:

—Mudos y ciegos. Mudos y ciegos.

Ernesto Valdivia paseó por cubierta, desdeñoso el rostro, y con lenta zancada aplomada.

Caía el crepúsculo y la playa empezaba a poblarse de diminutos puntos luminosos, señalando antorchas y linternas...

En el castillete del velero “Valdivia” los dos ataúdes en pie ofrecían un espectáculo macabro.

En la playa reinaba el mayor desorden...

Las escenas eran indescriptibles...

Y si alguien hubiera oído lo que en voz bronca estaba murmurando Ernesto Valdivia, hubiérase disipado por completo su embriaguez.

—Hatajo de bestias—decía el hombre con apariencia de simio—. ¿Dónde están los piratas de antaño? Hatajo de bestias...

Las sombras invadían todos los ámbitos. Resonaban más cansinas las voces de los que cantaban...

Ernesto Valdivia encendió la linterna que colgaba del bajo techo de su camarote. Había cerrado la puerta de la antesala, y también ahora la de su camarote.

Volvióse, taciturno el semblante.

Sentado en el suelo, “Cien Chirlos” devoraba con apetito. Sentado en la litera, Carlos Lezama mientras se frotaba el cuello,

miró sonriente al costarriqueño:

—Hola, capitán Valdivia. La francachela de los demás, nos permite conversar tranquilamente. Te escucho.

* * *

Ambrosio Bustamante apretando en su zurda la bolsa, aproximóse a los cuatro centinelas que custodiaban la prisionera.

Tiró la bolsa a los pies de ellos:

—¡Ahí va el rescate! ¡Dejad libre! ¡Puñal a quien se oponga!

Tres de ellos inclináronse para vaciar la bolsa en el suelo e ir contando las monedas, pero el restante desenvainó el cuchillo, rezongando:

—No son momentos de rescate.

Un contramaestre dispuesto el látigo venia a cortar la naciente reyerta, pero limitóse a ser espectador.

Era el lugarteniente del capitán Lucientes el que retaba a duelo y según la ley pirata, había cumplido con los requisitos de trámite, entregando el dinero del rescate.

La pelea fue breve, pese a que el antagonista del navarro era recio luchador. Pero Ambrosio Bustamante semejó un torbellino, atacado de furor.

Su puñal hundióse en el busto de su adversario, y los demás, se alejaron. Un hombre que luchaba con tanta saña, era preferible, mantenerlo distante.

El navarro fue quitando las ligaduras que aprisionaban a Carmen, la criada del mesón.

—Hola, Carmen. No tengas miedo. Eres libre, y ningún mal te espera, porque yo te defiendo.

El navarro con un revés de mano, limpióse el sudor de la frente y las lágrimas que pugnaban por saltar de sus ojos.

—He sudado y estoy mojado de pupila—dijo hoscamente—. He perdido a mi jefe y a mi compadre. Escúchame bien, Carmen. Estoy aplanado y no tengo palabras. Te prometí en la hostería, que seríamos matrimonio, y ahora que ya nada tengo en el mundo, huiremos de aquí cuando haya vengado yo la muerte de mi jefe y mi compadre. Iremos lejos de estas tierras malditas, a mi Navarra donde la hierba crece jugosa para que el ganado engorde, y entre animales estaremos más tranquilos que entre ese mundo maldito.

La rescatada asentía con vigor.

Y cuando la mordaza cayó de sus labios, aspiró cuanto pudo, la mayor cantidad de aire posible.

Apoyóse en el hombro del navarro, temblando.

—Tengo miedo—musitó.

Y rodaba las pupilas, mirando empavorecida las cataduras de cuantos tambaleábanse por la playa.

El navarro, de costumbre brutal, sintióse ahora movido a compasión hacia la pobre muchacha.

—Yo opino que me estás ofendiendo si tienes miedo a mi lado, ¡Yo mato a mi propia sombra por menos de una tos! Con que a ver si te das cuenta que los que aquí tienen que empezar a sentir miedo del grande, son esa bandada de cobardes borrachos. Debes percatarte, y darte perfecta cuenta que tú a mi lado, estás mucho más segura que allá en aquel condenado mesón donde nunca debió entrar mi jefe. ¡Pobre don Marcelo! Valía por cien... ¡Y cien esqueletos de esa piara han de pagarme la muerte de mi compadre! ¡Y los otros cuatrocientos también se convertirán en huesos para pagar la milésima parte de lo que valía mi jefe!

A las vigorosas cabezadas de asentimiento y convicción de Carmen, el navarro sintióse generoso.

—Sólo tú has salido gananciosa, porque conmigo, opino yo, que te llevas al marido más cabal del orbe.

—Yo quiero ser tu mujer para siempre, y contigo, recordaré a los valientes caballeros que estos diablos han ahorcado. Pero a todos los matarán... Quiéreme un poco, Ambrosio, por lo mucho que yo te quiero, que es muchísimo.

—No has hablado mal, hermosa. Tienes permiso para seguir, porque yo opino, que en los malos momentos, la mujer que se da cuenta de las cosas, sabe encontrar las palabras precisas.

* * *

Dolores González estaba recelosa. No sabía la reacción del pelirrojo, ya que para éste tenía que ser indudable que la única persona que había podido revelar la identidad verdadera del apuesto Retama, era ella misma.

Pero se tranquilizó al ver aproximarse al madrileño, junto al cual Cheij seguía riendo locamente, dilatados los ojos.

—Capitán Cheij — saludó Dolores González—. Hacedme la merced de acompañar a Rosa, mi amiga.

La llamada Rosa colgóse del brazo de Cheij, quien la miró riendo todavía.

—¡Vamos a beber! Te he estado esperando, capitán—dijo ella sonriendo.

—Bebe tú. Yo te miraré — dijo Cheij, partiendo con ella.

Dolores González sentóse en un escabel que habíase traído de a bordo.

—Yo fui—dijo, desafiante.

—Yo soy, tú eres, todos somos... unos y tales—replicó de buen humor Lucientes.

—Yo fui quien dijo a Pancho Gómez, que el conde Ferblanc...

—¿Y qué? Yo hasta ahora el único miedo que tuve es que me creyeran en el ajo. Lo esencial es que estoy vivo, y tú también. ¿Me quieres, encanto de mis minutos?

Y aunque burlón de tono, era sincero el enamorado Lucientes. Ella iba a replicar, desdeñosa, pero se contuvo.

Manolo Fuentes siguió bebiendo calmosamente, escuchando las divagaciones filosóficas de Terencio Bedoya. Completamente ebrio, Terencio Bedoya cayó de bruces sobre la mesa, ya anochecido.

Diego Lucientes intentó en vano explicarse por qué de pronto la malagueña golpeábale el pecho, apartándose de él.

—¡Bruto! ¡Bestia!—gritó ella. Eran insultos dirigidos a Manolo Fuentes, pero, perplejo, Lucientes, pellizcóse la nariz.

—Repámpanos, guapa... Eres versátil... Hace instantes me llamabas ternuras. ¿Dónde vas?

Corriendo alejóse ella. Diego Lucientes encogióse de hombros.

—Bah... Ya mudará de humor—dijo, ahíto.

Y extrajo de su bolsillo superior un papel doblado. El papel que mientras fingía examinar su mano de hierro había deslizado Ernesto Valdivia, haciéndolo visible a los ojos del madrileño.

Y volvió a leer las líneas, que al repetirlas a Cheij, habían provocado en el hijo del Pirata Negro sus carcajadas de demencial alegría.

—“Yo, Valdivia, por mis razones, fingida horca doy. Os haré saber lo que Lezama me ordene. Silencio.”

Hizo una bola con el papel, y al introducirla en su boca, guiñó picarescamente.

—Nunca más sabroso manjar—dijo, empezando a masticar—. ¡A

tu salud, capitán Valdivia!

* * *

Ernesto Valdivia, rozando la cabeza con el bajo techo, escupió con desdén.

—¿Piratas esos bribones asesinos? ¡Asco me dan! Con ellos estaba en espera de mejor. Ahí los tienes, capitán Lezama. Bebiendo, peleando, jugando, sofaldando... En nuestros tiempos eran de otro temple. Orgías... De acuerdo... Pero lo hubieran hecho los otros tres capitanes después de hundir cada uno de ellos su puñal en el corazón del ahorcado enemigo.

—Yo, por mi cuenta y razón, celebro que sean vulgares asesinos sin clase — dijo humorísticamente Lezama—. Hiciste bien en sujetar a media espera la lazadera. Tanto mi segundo como yo, empezábamos, ya a tener los riñones y la nuca doloridas. Tu verdugo es maestro en formar lazadera.

—Yo me cercioré de que estaba bien hecha—replicó el costarriqueño aludiendo al modo especial de formar el lazo de horca, con remate colgando al parecer, y rodeando en realidad la cintura bajo la ropa.

—Tanto mi segundo como yo, hemos visto muchos en la horca. Creo que al igual que tus bofetones y zarandeos de cabello, eran muy veraces nuestras contorsiones, pataleos y asomos de toda lengua.

—¡Bah! Esos son hatajo de bestias sin temple pirata. Me uní con ellos en espera de mejor.

—De costumbre no soy curioso, pero ahora sí, capitán Valdivia. ¿Por qué cuando me pegaste el bofetón que aun me duele..., dijiste entre dientes: “Horca falsa. Aguanta”. ¿Por qué mientras me zarandeabas, repetías lo mismo, y para los demás parecían insultos? ¿Por qué, fiando en ti y al sentir la lanzadera, soplé a mi segundo, que fuera el más bellaco de los ahorcados? ¿Por qué ahora estamos aquí charlando? ¿Por qué a las sombras, nos abriste el ataúd, cuyos cerrojos cierras con esas llaves?

—¡Bah!... Esos no son piratas de nuestros tiempos, capitán Lezama. Hay ahora en los ataúdes sacos de arena. No hay pasarela desde mi borda a tierra. He dicho que no quiero borrachos que puedan meter imprudente fuego en mi santabárbara. Estamos tranquilos. El verdugo y el carpintero, tienen cincuenta onzas cada

uno y mi aviso de corte de lengua. En tu nombre les he prometida indulto, dinero y porvenir libre.

—Hecho, capitán Valdivia. Pero sigo sin entenderte.

El costarriqueño entornó los ya ele por sí pequeños ojos.

—Aquellos, tiempos del Caribe, Pirata Negro. Bellos tiempos... Éramos más jóvenes. No mandaba yo este velero, sino goleta reciamente artillada y como segundo de mi hermano Jerónimo. Éramos los amos de la playa y el mar de Costa Rica. Y mi hermano salió un día para hacer alguna presa.

Hablaba el costarriqueño con voz evocadora, cerrados ahora por completo los ojos, con nostálgica entonación.

—Un velero apareció en el horizonte. Tenía por pabellón un aguilucho cerniéndose... El “Aquilón”. Jerónimo era valiente y deseaba demostrarlo, como todos nosotros. Te atacó. Quería hundirte. Fue un hermoso combate. Yo quedé herido, y derribado entre las piernas de mi hermano, vi como lo desarmabas. Después...

—En el 1697, capitán Valdivia. Ahora recuerdo. Pero a ti no te recuerdo.

—Yo apenas te vi esta mañana te reconocí. Pirata Negro. ¡Cómo iba a olvidarte! Hermosos tiempos aquellos. Nosotros mandábamos por doquier. La goleta estaba herida de muerte. Escoraba... pero podía resistir una hora. Tu segundo, este mismo que nos escucha, ató a mi hermano. Y tú, por vencedor, hiciste tu tribunal. Aun oigo tu voz, Pirata Negro, y tu risa franca, dura, pero noble. Le dijiste a mi hermano, que había picado muy alto. Que hundir el “Aquilón” ni el “Costarriqueño”, que así apodaban por ser el único a Jerónimo, podía lograrlo. Dijiste que el combate había sido leal, porque Jerónimo izó pabellón de desafío antes de entablar combate. Mi hermano no habría aceptado tu perdón y supiste no perdonarlo. Le dijiste que él y sus heridos se metieran en las lanchas y que cuando de nuevo os vierais frente a frente le deseabas mejor suerte. Añadiste que no tenías noticia de que Jerónimo hubiera cometido canalladas. Y así era. El nunca las cometió. Jerónimo se despidió de ti jurándote que hundiría tu velero y te ahorcaría. Le desataste tú mismo. Oigo aún el eco de tu carcajada. Era recia, noble, arrogante... Mi hermano me recogió y abrazado a él, me llevó a la lancha. Tres fueron las lanchas, que se alejaron de la goleta que iba hundiéndose. En una iban nuestros cofres. Tu velero perdióse en el

horizonte. Mi hermano vivió tres años más. Te buscaba para darte muerte, pero no lo logró. Y cuando alcanzado por plomo inglés, moría entre mis brazos, me dijo: “Ernesto, no he podido cumplir mi palabra”. Sabía yo que se refería a ti, Pirata Negro, y le dije: “Yo por ti, Jerónimo”. Él me replicó: “No, Ernesto. Era duelo pendiente entre el Pirata Negro y yo. No es tuyo. Si algún día vieras al Pirata Negro, dile... que en el infierno mantendré mi palabra... y que allá le espero”. Murió... y desde entonces ningún afecto he tenido... Pero siempre recordaba una carcajada noble, recia, leal, brava... Y veía a mi hermano, mascullando insultos, pero orgulloso porque tú le habías dado trato de igual a igual. Y... ahora, creo que en el infierno, el capitán Jerónimo Valdivia, está diciendo: “Bien, Ernesto, así hubiera obrado un pirata de nuestros tiempos”.

El Pirata Negro sonrió con cierta emocionada nostalgia. Miró alternativamente a “Cien Chirlos” y a Valdivia.

—Pocos quedamos de los de entonces. Quizá nosotros tres. Deuda saldada, capitán Valdivia. Y créeme que si frente al capitán Jerónimo me he de ver, pelearemos gustosos y como muertos estaremos ya, podremos juntos recordar los buenos tiempos. ¡Bah!—exclamó, al igual que el costarriqueño—. Te denigras, capitán Valdivia, estando con esos cuervos cobardes.

—Esperando estaba algo mejor. Tú puedes dármelo.

—Pide.

—Mi velero en la Legión del Mar. Yo, capitán a sueldo. Yo y mi lugarteniente. El carpintero y el verdugo, mil onzas y libertad en Costa Rica. Los demás... que se pudran. Son canalla carroña, como el resto. ¡Y por vida de Jerónimo, el más valiente de los costarriqueños! ¡Que traidor no soy por estar dispuesto a acatar tus órdenes!

—No es traidor quien por desprecio a los que no son sus iguales en hombría, los deja pudrirse. Yo los pudriré...

—Rodarán todos borrachos allá a la medianoche. ¿Te das cuenta, conde Ferblanc? No dejan siquiera vigilancia. Tienen la seguridad de que nadie vendrá a La Encantada.

—Dime, ¿creen mis compañeros que estamos...?—Y el Pirata Negro sacó la lengua, congestionando el rostro, por contracción de los músculos de garganta.

—Advertí por escrito a Lucientes. Él y el mozo estaban prestos a

todo. El mozo... rompió su correa. Mucho te quieren. Sabrán guardar silencio.

Y a propósito del capitán Lucientes, ¿es hombre de tu entero afecto?

—Por completo, capitán Valdivia.

—Entonces... quítale de las venenosas garras de Lola. Puede ser su perdición. Hombre enamorado de ella, convirtióse siempre en un alelado, como bajo las influencias de un bebedizo. He comprendido ya por qué trajo Lola al pelirrojo, y con él, a vosotros. Necesitaba quien se enfrentara con Bartek, porque Manolo Fuentes no se atrevía. Ella sólo quiere a Manolo Fuentes y cuanto más la desdeña éste, más ella le quiere.

Agitó Lezama la cabeza pesaroso.

—Esta quizá será la parte más difícil de arreglar. Pero todo a su tiempo. ¿Creíste en los tesoros, capitán Valdivia?

—Sólo creo en lo que veo conde Ferblanc.

—Existen, pero quien en su busca vaya, morirá sin remedio.

—Queden donde están. Yo tan sólo quiero, que por el honor de los piratas de antaño, los de hoy se pudran. Y por eso pido ser, con mi velero, capitán de la Legión del Mar. Que siga en la playa la orgía... Brillan tus ojos, conde Ferblanc. ¡Van esos imbéciles a saber lo que son los piratas de antaño!

* * *

La pasarela volvió a tenderse desde la borda del velero "Valdivia", y por ella fueron rodando barriles empujados por el carpintero y Huanuco.

Tambaleándose, los más resistentes acudieron a recoger el "obsequio" del capitán Valdivia.

Y éste, copa en mano, fue desfilando por entre todos.

—Una ración de mi vino mejor, valientes, para celebrar la muerte del que creyó engañarnos a nosotros, los piratas de los Galápagos—iba diciendo Valdivia.

Su semblante taciturno nada traslucía de su desprecio, porque siempre ostentaba hosco desdén.

Iba brindando y mientras recorría la playa, de vez en cuando escupía despreciativo.

—¡Bah! Que siga el jolgorio, engendros imbéciles. ¿Dónde están los piratas de antaño?

Los barriles contenían, mezclado en su interior, las hierbas narcotizantes, e iban vaciándose.

Por fin. Valdivia acercóse donde Terencio Bedoya roncaba y Manolo Fuentes bebía, templando su guitarra, extraviados los ojos por incipiente embriaguez.

—Brinda, capitán Fuentes — invitó Valdivia.

—Con orgullo.

Y el malagueño aceptó el brindis y tras beber, entonó con voz algo insegura una copla de amores;

Ernesto Valdivia levantó la cabeza del adormilado Bedoya. Insertó entre los dientes del "filósofo" mezclando la punta de su puñal y echándole hacia atrás la cabeza, vertió en: la boca abierta a la fuerza, todo el contenido de un plato lleno de vino que acababa de servir Huanuco.

—Y ahora… ¡vuelve a roncar, imbécil!—masculló Valdivia, dando un manotazo a la cabeza del venezolano, que sin despertar, volvió a quedar de bruces contra la mesa, sangrante la nariz.

Un pirata tendido en el suelo asió por la pierna al costarriqueño, murmurando:

—Un trago, capitán Valdivia.

—Dale vino, Huanuco—replicó Valdivia. Y cuando el pirata hubo bebido, soltóse el costarriqueño la pierna en recio puntapié—. Tengo prisa, que debo visitar al capitán Gómez.

El mejicano en su cubierta, abanicábase. Tenía los ojos inyectados en sangre cuando miró a su visitante.

—Toma asiento, capitán Valdivia… —tartajeó—. Eres hombre de pelo en pecho… como yo, hermano.

—Brinda — dijo, el costarriqueño, tendiendo su copa, que acababa de rellenar Huanuco.

—¡Por la hermandad… que pronto enriquecida, asolará… la Costa Dorada… y sus tesoros… y sus mujeres!—fue balbuciendo Gómez, a la vez que bebía.

Valdivia dio media vuelta, escupiendo.

—Bah… ¿Piratas "eso"? — gruñó, el descender por la pasarela.

Capítulo VIII

Amanecer...

Ambrosio Bustamante, llevando en vilo a Carmen subió con ella por la pasarela que conducía al bergantín capitaneado por Manolo Fuentes.

Continuaba la orgía, pero con menos bríos. Casi en todos alentaba el gesticular de ebrios, sonámbulos en pie....

—Yo opino que como el señor Lucientes tiene "compaña", solos estaremos en el camarote... Y malo es rondar por playa a estas horas, hermosa. Rondan fantasmas...

Amanecía y por costumbre inveterada, abandonó el navarro su camarote, donde la criada dormía profundamente.

Disponíase a buscar cubo con el que sacar agua para rociarse, cuando cayó de rodillas, tendidas las manos...

—¡No, a mí no, compadre! ¡Yo te quería! ¡No me rondes! ¡Esfúmese tu fantasma! ¡Nada malo te hice!... ¡Hasta... lloré! ¡Piedad, don Marcelo! ¡No me rondes!

"Cien Chirlos" gruñó. Reía, pero no se notaba en su rostro hirsuto, y pleno de cicatrices.

—¡Abajo todos!—mascullό, con la más cavernosa voz—. ¡Así quiero verte, navarro del demonio! ¡Arrodillarlo y. a mis "quesos"!

—Fui tu amigo, don Marcelo—gimió el valiente navarro, que sólo temía a los fantasmas—. Eras mi padre, mi...

—¡Tu abuela¡—gruñó encolerizado, "Cien Chirlos"—. En pie, "Pencas". Aquí no hay fantasmas... Mira a la playa... Está sabrosa la cosa. No tiembles, condenado. Pálpame... Soy carne y hueso... ¡Pálpame!... ¡O te suelto una coz y verás tú a qué saben las patadas de tus fantasmas!

Púsose lentamente en pie el navarro. Miraba desorbitado a la ver

que tras vacilaciones, amasaba los brazos del lugarteniente.

—¡No! ¿Estás vivo?

—Escucha, “Pencas” del demonio... Fue “engañifa” de lazadera...

—¡Chit!— sopló Bustamante, mirando inquieto a su alrededor—. Nos pueden oír.

—Todos sordos. Nadie respira libremente. La isla es de nuestro jefe. Los amos siempre. Escucha y déjame explicarte.

—¡Viva mi compadre!—gritó el navarro, abrazándose al lugarteniente, que con cara de asco separóle de un empujón.

—Apestas a pomada...

—Me “ungió” la que es mi esposa. Cogió un frasco de la guapa del señor Lucientes y...

Amanecía, y más que nunca estaba incoherente el navarro. No acababa aún de comprender lo que estaba sucediendo, pero ya tenía la convicción que no era fantasma el que iba explicando lo sucedido.

* * *

Diego Lucientes bebió lo suficiente, para que sus ideas recónditas fueran adquiriendo agudeza.

Fue buscando a Dolores González, hasta que por informes supo que había subido a bordo.

La encontró en la sala capitana. Sentóse pesadamente el madrileño junto a ella.

—A instantes, tu mirada parece odiarme, Lola. A otros es mirada amorosa. Nenúfar... Lozano aspecto, turbio fondo pantanoso, encharcado.

—Estás borracho, amor mío.

—Tú me embriagas... Eres mala... y te quiero. Pero no me comprendes, Lola, No soy manso... al cual puedas colgarle cencerro al cuello. Si pretendieras engañarme...

—¿Y qué?—retó ella. Estaba furiosa, porque Manolo Fuentes cantaba en la playa, canciones para otras.

—Cuidado, amorcito — dijo él, levantando la diestra—. Tanto te quiero, que te haré llorar a bofetones, si pretendes exasperarme.

—Cobarde—musitó ella—. Cobarde quien pega a una mujer.

—Seguro... Pero tú, sin bofetón, pegas en mi alma. Sabes que siendo sincera, dispuesto estoy a perdonar. Lo único que no consiento, es que intentes mentirme. Tu pasado, no quiero saberlo.

Pero exijo que tu presente lo sepa.

Algo debió ella temer, porque hízose sumisa aparentemente.

—Soy torpe, Diego... pero sólo a ti te quiero,

—¿Por qué entonces a instantes me huyes?

—Mi pasado.

—Si así es, trataré hacértelo olvidar. Escucha, Lola, para ti quiere yo bienestar, calma, hogar, ambiente sano, sin mezquindades. Te perdono que revelaras la identidad del sonde Ferblanc, porque supongo que lo hiciste por falta de picardía y no por mala intención.

—Así fue—dijo ella, mintiendo con sincera expresión y dando a su rostro aspecto candoroso.

Diego Lucientes estaba enamorado, y, por tanto, carecía de la facultad de adivinar la falsedad de aquella mujer.

Marchóse Dolores González bajando por la pasarela hacia la playa, cuya arena pisó sorprendida.

Los durmientes narcotizados parecían muertos después de un atroz combate. Acercóse ella a la mesa donde Manolo Fuentes, abrazado a su guitarra, permanecía exánime.

Frente a él, Terencio Bedoya roncaba estrepitosamente.

Dolores González, tras varios esfuerzos, consiguió alzar el busto de Manolo Fuentes, apoyándole las espaldas contra la mesa. .

Pero el malagueño, ojos abiertos, estaba sin sentido. Sus párpados se cerraban, porque los dilataba una nerviosa contracción que le sorprendió en última rebeldía instintiva al darse cuenta que algo inexplicable le quitaba el sentido.

—¡Maldito seas! — imprecó ella—. Estás embriagado y ajeno a todo. Has bebido demasiado y ahora que podrías dar muerte a Diego Lucientes, estás convertido en un trapo inútil. ¡Despierta!

Y enfurecida, arrojaba ella contra el rostro masculino, vasos llenos de vino, intentando despertarlo.

—Pierdes el tiempo; Lola—dijo tras ella una bronca voz.

Sobresaltóse ella, al enfrentarse con Ernesto Valdivia. Pero al mirar quién acompañaba al costarriqueño, su boca se abrió... Quiso hablar y no pudo, atacada por histeria de estupor...

Cayó desmayada al suelo.

—Me halaga el que mi apostura desmaye a las bellas—comentó, riendo. Lezama. Y añadió: —Lo siento porque al amanecer pasará

don Diego un mal instante.

A su lado, Cheij, llevando en cada hombro, voluminosos rollos de cuerda, preguntó:

—¿Ato, león?

—Ata, chacal.

El frescor del amanecer, barriendo los últimos restos de penumbra y hedores, iluminó lentamente la labor de Cheij, “Cien Chirlos”; Huanuco, el carpintero y el propio Valdivia.

Las mesas volvían a estar en su sitio. Tras cada una de ellas, sentado con sólidas ligaduras, aparecían Gómez, Bedoya y Fuentes..

Tras la otra, Dolores González.

Y formando cuadro, todos los tripulantes de las cuatro naves, tendidos, atados entre sí por tobillos y muñecas.

Las hetairas que habían participado en la orgía tenían libres sus desmadejados miembros.

Cheij palideció cuando vio acercarse corriendo a Diego Lucientes, tras el cual venía “Cien Chirlos”, acompañado por Bustamante.

El madrileño palmoteo vigorosamente el hombro del Pirata Negro.

—Mala hierba nunca muere, hidalgo. Os felicito, capitán Valdivia. Tollos satisfechos... Bien... Ahora, al igual como de todo corazón, celebro verte en pie y amo de la situación, te digo hidalgo, que no comprendo como la que por esposa he elegido, está atada. Fue por habladuría femenina, que creyendo en que Manolo Fuentes no lo repetiría, reveló quién eras... Por lo tanto, quien puso estas cuerdas alrededor de Dolores González, que las corte inmediatamente. Somos mucho hombre en pie, ante sentada mujer prisionera injustamente.

—Todo a su tiempo, don Diego—dijo, secamente, Lezama—. Bulles de enojo... ¿contra ti mismo?

—Cuidado, hidalgo—masculló Lucientes.

Cheij, Valdivia y los otros dos apartáronse. Huanaco y el carpintero estaban ya a bordo del “Valdivia”.

—Cálmate, don Diego. Pronto rociarán a esos hombres y sabrán la suerte que les espera. Después..., según lo que oigas, harás. Pero esta mujer debe estar como está.

—¿Y aquéllas? — exclamó Lucientes, señalando a las que no

presentaban ligadura alguna.

—Todo a su tiempo—dijo, incisivamente, Lezama—. Yo estuve mucho tiempo enseñando lengua y aguantándome... Aguanta, tú un poco, estudiante..

—¡Cuanto me digas, no me importa!—gritó, acalorado. Lucientes—, ¡Sea como sea esta mujer, la quiero y será mi esposa! ¡No eres tú quien para entrometerte!

—Todo tiene su cara y cruz—dijo, pacientemente, Lezama—. Yo no me entremeto... Me limito a decirte que si cuando oigas lo que seguramente oirás, persistes en casarte con esa... con tu elegida, allá, tú. Pero, ahora como ruego, aguántate. Vayamos a desayunar. Hazme el favor, Lucientes.

—Bueno—sonrió, calmado, el madrileño—. Perdóname tú, león. Sé que eres imparcial... y ¡repámpanos! aunque mal me porte, si quiero á esta mujer, con ella me casaré. Puso en peligro nuestras vidas, pero no fue por mala intención.

—Yo no he citado esto, ni nadie. Vayamos a desayunar. Nos lo hemos ganado. Y a propósito, Lucientes, aquí tienes al capitán Valdivia pirata, de los nuestros. Mejor que tú, porque no se enamora a destiempo y quien no debe. No te rebrinques, estudiante. No tienes tú la culpa, sino el ambiente. En lo futuro, frecuentaremos mejor ambiente y... ¡a desayunar!—atajó, viendo que disponíase el madrileño a protestar.

Huanuco, el carpintero, “Cien Chirlos” y Bustamante, provistos de sendos cubos, mojaron a diestro y siniestro, a los prisioneros de la playa.

Lentamente, iban sentándose, pero sin poder levantarse, los piratas, unidos en larga cordelera.

El sol acercábase a su cénit, cuando todo rastro de narcótico había desaparecido en las víctimas de los brindis del capitán Valdivia.

—Traidor—escupió Pancho Gómez, mirando al costarriqueño.

—Bah — replicó el aludido—. Todos, sois un hatajo de asesinos imbéciles. Pero cedo la palabra a quien pertenece.

Cheij y Lucientes, en el centro de la formación de prisioneros, estaban tras el Pirata Negro, que a su costado tenía al costarriqueño

—Hola, sabandijas—saludo Lezama. —Vine acá sin intención de hacerme el amo, porque no contaba con ayuda ninguna. Teníamos

nosotros que ir a otro sitio, pero acá nos trajeron... y en este caso no viene ajustadamente el aquello de a la fuerza ahorcan. Ya os habéis dado cuenta de que la lazadera fue idea del capitán Valdivia, que no es traidor, porque es pirata veterano, y le asqueaba vuestra puerca compañía. El capitán Valdivia partirá al encuentro de alguna de las naves de “La Implacable” y se os juzgará donde pertenece. Yo, como Pilatos, me lavo las manos. Alguno de vosotros, quizá engrose las filas de “La Implacable”. Aquí sólo hay tribunal para esos tres imbéciles, que creíanse capaces de poder ser capitanes piratas. Tú, el primero, Pancho Gómez.

El mejicano mordióse los labios, lívido el semblante.

—Vas a tener el honor de colgar de tu mástil. Honor de capitán. Pero sin lazadera. Y sentado... En pie sólo cuelgan los hombres. ¡Llévatelo, Huanuco, con tu ayudante!

Entre los dos piratas lleváronse al mejicano, que, sentado, lanzaba imprecaciones que fueron apagándose.

—A ti, Terencio Bedoya. Aprende filosofía práctica. Se mece en el aire, con escabel en las posaderas y lazo al cuello, el que creías un pirata. Cuelga de tu mástil y tú colgarás del suyo. Porque, ni tú ni él, supisteis defender vuestro barco, entregándolo al vino. ¡Llévatelo, guapetón, y que “Pencas” te ayude!

Cuando en el espacio mecíanse los dos ahorcados, creando la ilusión de dos hombres sentados en el aire, un contramaestre rió con adulona risa.

Miróle el Pirata Negro:

—¿Ríes, hiena? Tu deber, si pirata de verdad hubieras sido, era denegar la invitación del capitán Valdivia. En acto de servicio no se bebe. Tanta culpa tienes tú como tus capitanes, de esta vergonzosa redada. ¡Huanuco, al aire con esta hiena! ¡De contrapeso a los pies de Pancho Gómez!

Ernesto Valdivia ya no tenía taciturnidad. Su rostro simiesco expresaba la satisfacción que le producía asistir a un juicio pirata... "de aquellos tiempos”...

—Tú quedas, Manolo Fuentes. No eras capitán. Tu barco lo ganaste por que el capitán Lucientes despachó a Bartek.

—Sí, conde—dijo, sudoroso, el malagueño.

—Pero, tú revelaste lo que sin mala intención te confidenció Lola González—dijo, taimadamente, Lezama. —No quería que

fueran sus palabras las que desenmascararan a Dolores González, la mujer que, inmerecidamente, era amada por Lucientes— Revelaste quién era yo, poniendo en peligro vidas de hombres que ahora son tus jueces. Cobarde eres, Fuentes. Te gana el barco mi amigo… y así le pagaste su intervención. ¿Qué puedes alegar en tu descargo?

—¡Ella, aquella víbora, me impulsó a hacerlo!—gritó Manolo Fuentes, señalando, convulso el rostro, a Dolores González.

—Asco de gusanillo—gruñó Lucientes, pretendiendo avanzar.—Acusa a su propia hermana para salvarse…

—Quieto, Lucientes. Eres testigo, que no juez—atajó el Pirata Negro—. Habla, Lola González. La ocasión exilie sinceridad. ¿Es cierto lo que afirma tu hermano?

Ella miró desafiante al Pirata Negro.

—Ambos somos culpables. Si hemos de morir, juntos. Si hemos do vivir, juntos.

—Bien replicado — aprobó Lucientes—. ¿Ves como no es mala, hidalgo? Defiende a su hermano… ¿Te enteras, canalla? Procura ponerte a la altura de ella. No temas, Lola… Tu vida está a salvo, porque el conde Ferblanc te ha perdonado tu inconsciente imprudencia.

Carlos Lezama avanzó hasta enfrentarse con la malagueña.

—Sé que no es tu hermano—dijo, en voz baja—. Confiesa la verdad y tienes mi palabra de que no ahorcaré a Manolo Fuentes.

—Él me matará…—dijo ella, en un susurro—. Él… tu amigo Diego Lucientes.

—No es un asesino, ni consiento yo crímenes, porque seas como seas, tu castigo a otros encomiendo. Pero si prefieres seguir engañando a todos, no he de consentirlo.

—¿Qué conciliábulo es ese?—masculló Lucientes, aproximándose.

—Tribunal libre, don Diego—sonrió tristemente, Lezama—. Si yo eligiera amor que pudiera acarrearme infelicidad, ¿cuál sería tu deber de amigo?

—¡Dejarte en paz! ¡Allá tú!

—No es así como obran los amigos.

Lucientes liberó a la malagueña, mientras Lezama acercábase a Manolo Fuentes.

—Horca para ti, Fuentes, si no canta ella la verdad.

—Ella es perversa... Miente siempre... Mentirá ahora, conde Ferblanc. ¡Sálvame! Yo no soy un criminal... Yo te previne contra Bartek, ¿recuerdas? ¡Déjame revelarle a Lucientes la verdad!

—No te creerá, que esto sucede con hombre enamorado, Y bien ganada tienes la fama de traidor embustero. Y tú como ella, por malvados, no soportáis la idea de morir. Tú, por hombre, deberías al menos intentar salvarla a ella, aunque no sería justo que siguiera haciendo maldades. Os desprecio a ambos.

Apartóse Lezama. Sentía ira y, a la vez, tristeza, porque veía que ya nada ni nadie podría desengañar al madrileño, que, ciego y enamorado, iba a labrarse un futuro atormentado.

—¡Ella es diabólica!—gritó Manolo Fuentes, al ver acercarse a Huanaco, el verdugo—. No merece vivir, porque siempre por donde estuvo apareció la traición, la muerte y el dolor. Á mí mismo me ha engañado, porque creí que era una infeliz necesitada de consejo y protección. Pero, ¡es falsa, es maligna!



...asió ansiosamente la espada y la pistola...

—¡A la horca con este canalla!— exclamó Lucientes; frenético, cubriendo con su voz la del malagueño— ¡Es un calumniador!

—A la horca—dijo el Pirata Negro.

—¡Favor!—suplicó Manolo Fuentes. —Sed generosos, señores. Yo no soy malo. Soy un hombre de mar que...

—...que significa un oprobio para el mar — atajó Lezama, colérico Eres un asesino traidorzuelo, sin valor ni conciencia.

—¡Lola! — suplicó el malagueño, dando muestras de abyecto terror.

Ella corrió hasta colocarse tras el Pirata Negro.

—Salvad su vida, señor conde. Vos sois aquí quien manda y nada la pasará a Manolo Fuentes, si vos tenéis misericordia.

—No debes ser tan buena—intervino Lucientes—. No intentes salvar a quien te acusó, sin hombría.

Y, de repente, Diego. Lucientes empalideció. Acababa ele leer claramente en los ojos de la mujer, un rencor indescriptible. Rencor hacia él.

Quedóse como fulminado. Forzó una sonrisa cuando vio en pie a Manolo Fuentes, junto al que estaba Dolores González.

Tambaleóse como ebrio y miró casi sin verlo a Cheij, que enlazándole por los hombros, trataba de hallar adecuada frase:

—Valor, don Diego... Venid conmigo... os lo ruego...

—Gracias, chacal... Luego...

La escena era algo inusitado, que atraía la atención de todos. Manolo Fuentes asió nerviosamente la espada y la pistola, que le acababa de entregar Dolores González, la cual también ahora, colocóse tras sus espaldas parapetándose.

Avanzó Lucientes.

—Si matarme queréis, capitán Lucientes, id con tiento— amenazó el malagueño, aunque procurando afianzar la voz y las rodillas—. Estoy armado y... venderé cara mi vida. ¡El conde Ferblanc es quien aquí manda y dispone!

—Que te crees tú eso—exclamó Lezama—. Esta es justicia pirata y cumplida está mi palabra—. Allá vosotros...

Siguió avanzando Lucientes... Sonreía, en tal rictus dolorido, que Dolores González, gritó, histérica:

—¡Dispara, Manolo!

—No lo hagas, Manolito—dijo, con suave entonación, Lucientes —. No lo hagas. Contigo nada va... Al fin y al cabo, ¿tú, qué eres? Un cobarde, un cerdo, un asqueroso vividor, por majeza de planta, que no por majeza de alma. Yete... Tienes la palabra del conde Ferblanc. Veté.

—¡No! —gimió ella, aferrándose a los hombros del que

pretendía irse.

Brutalmente, el malagueño, con su mano armada de pistola, azotó las manos de la que le impedía huir...

Soltó ella la presa y cayó de rodillas.

—¡Alto, Manolito! — exclamó Lucientes—, espada en diestra, mientras que de un salto, con su mano zurda asestaba férreo puñetazo a la zurda del malagueño que sostenía la pistola que cayó de su mano—. Gratitud, querido. Esta dama te quiere, te salva la pelleja ¿y la golpeas? Anda, a por mí... Te será fácil agujerearme. Llévate mi piel.

Era sincero. No pensaba defenderse. Pero en su entonación suave, creyó Manolo Fuentes ver más cercana la muerte. Y recordaba el duelo con Bartek...

Soltó la espada y emprendió veloz carrera. Pero tropezó de pronto, zancadilleado por Ambrosio Bustamante, que acababa de alargar la pierna.

Tendido en el suelo y atontado por el golpe inesperado, quedó Manolo Fuentes inmóvil. En su nuca se posó el tacón de la bota del navarro.

Levantóse Dolores González. Miró como gata acorralada. Sonrió en dirección a Diego Lucientes;

—Tú... Diego... eres fuerte y me proteges. Junto a ti me siento amparada...—Y acercóse al madrileño, confiriendo a sus ojos cambiantes una expresión de candor.

Pero Ambrosio Bustamante que seguía sujetando con el tacón de su bota, a Manolo Fuentes contra el suelo, sintió una repentina inspiración acudir a su mente.

Inclinóse rápido, para susurrar al oído del cobarde:

—Esta es tu ocasión, Manoliyo. Justicia pirata.

—¿Cómo?—balbuceó el atemorizado asesino.

—El jefe no quiere que Lola siga engañando al capitán Lucientes. Si tú... cumples como debes... te salvarás. No digo más, que opino yo, que a buen entendedor...

—¿Huir?

—No, porque te daré caza. ¡Cumplir!

Un grito se escapó de labios de varios ante lo inesperado. El malagueño acababa de ponerse en pie, mientras el navarro fingía caerse.

Un puñal destelló en el aire, clavándose en la espalda de Dolores González.

—¡Muere por traidora!—gritó Manolo Fuentes., a la vez que lanzaba el arma homicida.

Diego Lucientes, que al acercarse ella, habíase vuelto de espaldas, aparecía como insensible a todo. Vio caer lentamente a Dolores González.

Cheij, enlazó por los hombros a Lucientes.

—Venid, don Diego—suplicó angustiado el hijo del Pirata Negro, mirando el semblante alelado del que de pronto cubrióse el rostro con las dos manos, y desprendiéndose del abrazo de Cheij corrió hacia la pasarela de la nave de Bartek.

—Con él hijo, —ordenó Lezama—. Y tú me respondes de su vida. Corre.

Por un instante, guardó silencio y ya viendo a Cheij subir por la pasarela tras Lucientes, ordenó:

—El último, abrazo para ese reptil —y señaló a Fuentes.

“Cien Chirlos” ayudó con satisfacción a Ambrosio Bustamante, el cual acababa de tumbar al malagueño de un recio puñetazo en la nuca.

Ataron de frente a Manolo Fuentes con el cadáver de Dolores González.

—A la horca, no. Al mar.

Cuando cesaron los gritos casi femeninos de Manolo Fuentes y atado a la muerta, desapareció tras flotar unos instantes, lanzado desde la lancha, con lento esmero por el navarro, Ernesto Valdivia, mirando entusiasmado a Lezama, exclamó:

—¡Me rejuveneces, conde Ferblanc! Eso... ¡eso me recuerda aquellos tiempos cuando nosotros sabíamos hacer justicia!

—Ya... ¿Y aquello qué te parece, capitán Valdivia?

Doblando un promontorio, una fragata ostentando el pabellón se los leones de Castilla, cabeceaba acercándose.

A su costado, pero en estratégica posición otra fraga menor, también con sus artilleros mechas encendidas y toda la tripulación en zafarrancho de combate, aproximábase.

Capítulo IX

Cara y cruz

El almirante Diéguez tomó como aprendiz a Ramiro Luances de la Gándara.

—Soplaba viento noroeste cuando partió de la costa el velero pirata, don Ramiro. Nosotros, en cambio, tenemos viento Sur... ¿Sabéis con ello lo qué quiero deciros?

—Que vamos más deprisa a las islas de los Galápagos.

—El viento nos favorece tanto, que al velero le dio marcha de galápago comparado con la rapidez de mi fragata. ¡Ojalá podamos cortar la marcha del velero y darle alcance antes de que arribe a las islas!

Pero en el largo viaje de trescientas veinticinco millas, las dos fragatas, si bien favorecidas por el viento Sur, no dieron alcance al velero.

El vigía divisó la ancha rada de la isla Encantada, al día siguiente a la llegada de Bartek.

Y el anteojo de Juan Diéguez, pudo contemplar el extraño aspecto de la playa, y las cuatro naves ancladas, sin tripulantes...

En dos de ellas, del mástil, colgaba un hombre que parecía sentado en el aire.

—¡Al pairo! — ordenó Diéguez—. Todos prestos. Izad pabellón de parlamento.

Media hora después, Carlos Lezama, acompañado de Ernesto Valdivia, y “Cien Chirlos”, subía a cubierta de la fragata almirante.

En la lancha quedaba Ambrosio Bustamante.

El saludo de Juan Diéguez fue rígido, en devolución al de Carlos Lezama.

—No me deis novedad,—señor—dijo, secamente, el burgalés—.

Decidme tan sólo lo sucedido en el mesón “La Vicuña”.

—Tate... ¿De Ferblanc a almirante, o de Lezama a Juan Diéguez? — replicó, amoscado, el Pirata Negro.

—Como sea, pero a vuestro modo. ¿Qué sucedió en el mesón? Cara y cruz... tiene todo aun lo más inexplicable, como lo que allá en la playa diviso. Conozco la cara de los sucesos del mesón, ¿Podéis mostrarme la cruz?

—Ahora mismo, don Juan Diéguez. Buenos días, don Ramiro. Mucho honor ver a todo un prohombre de tierra, segundo juez de mis actos.

Pero, aunque dura la entonación, tendió Lezama la diestra al hombre que había dado libertad a un hijo.

Ramiro Luances de la Cándara estrechó fuertemente con Impulso incontenible la mano ofrecida.

—¡Devolvednos la fe, conde Ferblanc!—imploró.

—¿Qué fe?

—Al grano, señores—impacientóse Diéguez—, ¿Qué sucedió en el mesón?

—Por partes tendré que explicarlo. Y desfrunciréis el ceño, señor almirante. Cuando después de mi entrevista con el virrey comprendí que tenía que aguardar orden del citado virrey, tomé, por si acaso, mis precauciones. Ordené a uno de mis piratas que fuera a la cala San Francisco y reuniera a mis hombres, con orden de esperar orden de ataque al mesón, convenientemente escondido por las inmediaciones.

—¿Reconocéis, pues, intención de lanzar a vuestros piratas contra mis soldados?

—¡Vaya que sí!—dijo alegremente Lezama—Dentro del mesón estaba mi hijo..., y lo demás poco me importaba. Pero he aquí que dentro del mesón también estaba una... una dama, amante de un tal Ladislao Bartek, entre otros. Había venido acompañada de, un cirujano, que allá en la playa está a buen recaudo, para obtener informes sobre la posibilidad de dar el mejor golpe... Los piratas de Bartek creyeron que los soldados estaban rodeando el mesón para capturar a la dama de marras. Atacaron, mataron, cochinearon... No pude evitarlo, porque dentro estaba yo, y cuando cuenta me di, ya irrumpían los piratas al mando de Bartek.

Y siguió explicando el Pirata. Negro lo sucedido desde la entrada

de Bartek, hasta el momento en que hundióse en el mar, Manolo Fuentes abrazado por ligaduras al cuerpo sin vicia de Dolores González.

El almirante Diéguez alzó la voz al callarse Lezama:

—¡Teniente! ¡Cese el zafarrancho! ¡Apaguen mechas! ¡Maniobra de ancla!

Y, volviéndose de nuevo, contempló seriamente a Carlos Lezama. Éste esbozó una sonrisa, la cual pareció reflejarse en los labios ascéticos del almirante.

Ramiro Luances rió...

—¿Veis, almirante? ¿No podía ser! ¡Todo tiene su cara y cruz! ¡Y ved! ¡Gracias al conde Ferblanc, cuatro naves... perdón, capitán Valdivia, tres naves presas!

—Gracias a mí, no... Al capitán Valdivia.

—Si vos no aparecéis, conde Ferblanc—dijo el costarriqueño—, esta flota prisionera estaría quizá bombardeando la ciudad donde el virrey se cura la gotosa pierna. ¡A vos solo se debe este triunfo, porque un día fuisteis noble con mi leal hermano!

—Capitán Valdivia—dijo Diéguez. —Hacedme la merced de, con mis oficiales, tomar las medidas necesarias al rápido embarque en calas de todos los prisioneros. Y decid a mis oficiales que en cada nave se ocupen de la maniobra la mitad de las tripulaciones de mis dos fragatas. Y vos, don Ramiro, ¿queréis acompañar a mis oficiales y al capitán Valdivia?

—Con mucho agrado, almirante— sonrió Ramiro Luances.

Lezama miró a "Cien Chirlos".

—Vete a mi lancha, don Marcelo. Ayudad a que prestas se cumplan las órdenes del almirante. Cuanto antes... antes estaremos a bordo de nuestro "Aquilón". Bien..., ya estamos solos, don Juan Diéguez. Y eso es lo que queríamos, ¿no?

—Eso es. Acompañadme a mi sala.

Dentro de la vasta estancia el húrgales volvió a sonreír.

—Gracias, Carlos Lezama, por devolverme la fe en vos. Y en cuanto al virrey, comprenderá que por cuatro naves y quinientos piratas prisioneros, poco es firmar el indulto de don Diego Lucientes y don Carlos Lezama hijo... y el vuestro. ¡No! ¡Nada de frunces de cejas! Bien sabéis que nunca impreco, pero... hoy es hoy... ¡Calzones y botas! Vos me volveréis loco, señor conde... Bella es vuestra

justicia pirata, pero esto se ha de acabar... ¿No queréis formar un hogar?.. Pues... apretaos, el cinto y a obedecer la ley social..., ¡demontres!

—Quiero un hogar... Como canta la balada inglesa... "Home, sweet home"... Hogar, dulce hogar...

—Todo lo tenéis. Inteligencia, corazón, hijo... Una esposa como pocas. Consideración de todos... Dominad el genio, ¡caramba! Tascad... Aguantad. Yo, almirante soy y no me tomo las libertades que vos... En fin, ya me he desahogado... Id pensando que vamos a ir a visitar al virrey... Que éste sólo conoce la cara... Yo le diré lo sucedido. Pero... ¡calzones y botas!..., no metáis el remo. Aguantad..., pensando en vuestra esposa, vuestro hijo. Y a propósito, ¡quiero conocer al mozo! ¡Vamos allá!

—Mi chacal es maravilloso, excelencia—dijo puerilmente el Pirata Negro.

—Lo será..., pero ya le temo, por aquello de tal palo, tal astilla. Otra cosa, hidalgo Lezama... Vuestra esposa está resentida conmigo. Estuvo magnífica...

Y contó Diéguez cuanto había sucedido en la entrevista con. Mireya de Ferjus, mientras la lancha almirante les llevaba a tierra.

Rió conmovido Carlos Lezama.

—¡Qué esposa tengo! No sé...—y pasóse el meñique por el fino bigote. —¿Me la merezco?

—Intentadlo al menos..., pirata. Y ahora veamos qué tal respira el cachorro del león.

Capítulo X

Todo está bien, cuando bien termina

Diego Lucientes, hundido el rostro entre las manos, parecía ajeno a toda humana presencia.

Pero sabía que a su lado estaba Cheij, que desde hacía media hora manteníase en pie, silencioso y acongojado.

—¡Habla ya, Chacal!—exclamó de pronto Lucientes, levantándose para abandonar su arrodillada postura—. Di que comprendes que mi pena es por causa de verme tan insensato. Mírame bien, mocito, y hazte cuenta que estás, viendo al más perfecto de los imbéciles..

—Vos sufrís, don Diego. Y me apena mucha...

—¡Ahórrame tus lástimas! ¡Eres igual que tu padre! Apiadándote de mí... Tutéame, que no estoy moribundo.

—Pero os duele el alma, don Diego, porque si tenéis momentos de obcecación, luego tenéis la ecuanimidad de reconocerlo. Y haced conmigo cuanto se os antojé... Pegad, matad... ¡pero no acuséis a mi pudre injustamente! Sabéis que él os quiere, y que mejor suerte os desearía en vuestros amores...

Torció Lucientes la boca, pasóse la mano por el rostro, y murmuró:

—Perdona, Chacal. Estoy, comportándome deplorablemente. Tu padre tiene razón. Siempre ha tratado de evitarme sinsabores que yo mismo, me busco. Y lo ha hecho como sólo él podría hacerlo. Con talento y delicadeza. Bien, bien... Volveré a la necedad del vacío... Oye, mocito: ¿no me invitaste a trago largo?

—Yo mismo te traeré frasco del mejor, “Medio Brazo”—dijo, alborozado, Cheij—. En la cala...

Y corría hacia la puerta, cuando se detuvo cohibido.

—No puedo... Mi padre me ha ordenado que no me separe de tu lado.

—

—Vaya... El mentecato de tu padre cree, por lo visto, que voy a levantarme la sesera. ¿Para qué? Sé muy bien que debajo de la tapadera no encontraría más que serrín... Pero cúmplase la orden. Vayamos a la cala y escogeré el frasco, y aquí volveremos. No te vayas aún. Hasta que no esté a tono, ¿sabes?

“Estar a tono” significó que Lucientes apuró tres frascos de distintos vino y medio de brandy inglés.

Y su incipiente borrachera tranquilizó ti Cheij.

—Sacas grandes enseñanzas de mis vapores vinosos, Cheij—dijo Lucientes, con intervalos de hipo—. La única verdad es que, en cuestión de mujeres, nunca nadie sabrá nada. Es como el dado sin plomo, lanzado por mano de infante... Rueda... y te loca el ángel, o Satanás te envía una hermosa diablesa... Y lo peor es que yo que me las doy de tunante y sabérmelas todas..., soy un espantoso cretino. Las cosas hay que tomarlas cono vienen y a las mujeres como son... Bueno, tú eres un barbián afortunado... Casarás con mi hija, una damita que-como único defecto tiene el de que yo soy su padre... Pero, claro, ella no me eligió...

—Tal como eres, “Medio Brazo", todos te queremos.

—¿Eh?—hipó Lucientes—. ¿Y para decirme eso tienes que ponerte en pie, como si acabaras de tragarte un mástil? No estamos para visitas, digo yo...

Pero también púsose en pie, abandonando su sentada posición en el suelo, con frascos vacíos entre las piernas, para mirar hacia el umbral, donde Juan Diéguez, sabedor de la reciente tragedia del madrileño, avanzaba extendida la diestra.

—Me complace veros, señor Lucientes. Y más me complace anunciaros que el hogar soñado por el hidalgo Lezama será una realidad.

—¡A la orden, mi almirante!—sonrió Lucientes—. Perdonad, ¿eh?, pero entre nosotros os confiaré un secreto... Estoy levemente beodo... Es que celebro un entierro... Sí, el entierro de una ilusión que duró poquito, poquito y que me duele muchísimo, muchísimo..., ¡aquí!

Y pegóse el pelirrojo sonoros puñetazos en el costado izquierdo.

—Bien... Tina desilusión saludable equivale a un buen vino agrio. Y... como estoy beodo..., pido venia para tumbarme allá en mi litera. ¿Tengo venia?

—Siempre me fuisteis simpático, señor Lucientes. Buen sueño, y hasta pronto.

Agitó Lucientes los dedos en el aire, en despedida familiar.

—Abur, grandes hombres... Hasta... que amanezca sin hipo...

A solas, el Pirata Negro señaló a Cheij.

—Este es, excelencia. Abre bien, los ojos Chacal. Ante ti un brujo dominante... El único hombre que ha logrado mandarme. El único caballero qué me engaña como dómine a discípulo. ¡Ante ti, hijo, su excelencia don Juan Diéguez, almirante de Castilla! Y nunca mejor empleado el título de "excelencia".

—A la orden, excelencia...—sonrió Cheij, brillantes los ojos.

—A las únicas del conde Ferblanc, Carlos Lezama—sonrió Juan Diéguez. —Ven acá y déjame abrazarte... No soy amante, de efusiones, pero tengo una hija, que alegra mi hogar, gracias al león que te dio vida. Él me devolvió a mi hija... Y bien, hoy es hoy, señor conde. ¿O es que acaso no puedo exteriorizar mis sentimientos? ¡Demontres! ¿Siempre la coraza exterior de los fuertes?

Mantenía su abrazo el burgalés mientras hablaba. Separóse para repicar con el puño sobre los hombros y brazos del joven.

—¡Demontres! Es piedra berroqueña este mozo.

—Es mi hijo... y ya está todo dicho, excelencia. Y a propósito, ¿no os parece que hoy estáis muy malsonante? Mis futuras intenciones son que en mi hogar la palabra más fuerte que se oiga sea "chitón", y eso tan sólo, los-viernes, que son días locos.

—Bien, bien...—rió el almirante—. Magnífico, magnífico... Apresurémonos, señores. Mireya os espera..., y una damita impaciente creo que debe escribir en el mar la eterna palabra suspirante: palabra que en ese caso de la damita encantadora será "Carlos".

—Os equivocáis, excelencia. Mi hijo supo llevar bien el nombre de Cheij y ése le queda. Y... apresurémonos... ¡Tengo ansias por felicitar a la capitana marquesa, que es ángel de piratas y terror de almirantes!

* * *

Mireya de Ferjus repetía, incansablemente:

—Pero no seas pesada, Gaby... El almirante fue a la busca de mi esposo... y de tu futuro... Es hombre rígido, pero justiciero. Y mi Carlos sabe demostrar siempre que las apariencias engañan.

—Están entre piratas...—replicaba tercamente la hija de Lucientes.

—¿Y qué? Cien y raya les dan los tres juntos a legiones de piratas.

—Tu confianza me da calma, Mireya, madrecita bonita..., que eso sabes ser para mí.

Y eso lograba Mireya, si bien con íntima inquietud... Hasta que Juan Pérez y Lucio Agudo, corriendo apresurados. vinieron a comunicar:

—¡La fragata almirante a la vista, mi señora! Y tras ella, cinco naves... Y... ¡Éste ha visto a nuestro jefe en el castillete de proa de la almirante, el señor Lucientes y “El Chacal”!

Las dos mujeres, al marcharse los dos piratas, miráronse... Se abrazaron, rieron, sollozaron, sentáronse, se levantaron..., y por fin, rendidas, abanicáronse velozmente.

—Este es nuestro sitio, Gaby... Empieza a acostumbrarte a ser sumisa... ¡Cielos!... Estoy nerviosa... Eso de sumisa significa que debes siempre dar la razón... Después, cuando pasan horas, discute lo que no te parezca claro, pero con maña. El hijo de mi Carlos es como él... Un niño grande, pero voluntarioso... Hay que ser flexibles... Bueno, todo eso ya te lo dije muchas veces... Es que... no sé lo que me pasa, pero..., ¡cielos! ¿por qué no estarán ya aquí?

—¡Yo... no aguardo!... ¡Son dos!... ¡Mi padre y mi Cheij!

—Quieta, impetuosa amazona. En fin, corre, Gaby... Al menos tú no te peleaste con el almirante...

Salió corriendo Gabriela Lucientes.

Poco después, las voces de mando anunciaban la llegada de los visitantes.

Y Mireya de Ferjus levantóse en la sala capitana, para ceremoniosamente saludar al almirante Diéguez, el cual entraba seguido por el Pirata Negro,

—¡Demontres, Mireya! ¿Soy acaso palaciego intruso aquí? Yo no sé hacer reverencias tan gentiles..., pero prestadme vuestras dos manos, rebelde criatura. ¿Quién osó dudar del hidalgo Lezama? ¡El virrey! Yo, no Bueno, perdonada me sea esa mentira. ¡Dudé! Pero

todo acabó. ¡Demontres, hidalgo! Dejémonos de ceremonias, ¿no? Volveré cuando haya inspeccionado vuestro velero. Hacedme el honor de enviarme a vuestro segundo cuando deseéis verme.

Solos, el Pirata Negro miró arrobado a su esposa, Ella, como en los tiempos de su accidentado noviazgo, sonrojóse ante la intensa mirada apasionada.

—Yo... me enfadé con el almirante porque...

—¡Porque nos dio la gana, ea!— rió Lezama—. Dime, Mireya... No, no te acerques... Déjame contemplarte así, separada... ¿Por qué para ti no pasan los días? Cada día más niña te veo, más bonita, más risueña... Nunca vivió ni vivirá mujer más bella... Es curioso, pero quisiera hallar palabras nuevas, y sólo pronuncio pobres balidos. Veo temblar tus labios y se me antojan... ¡Al diablo! Nada puede expresar tu aroma de alma. Y...

Pero ya los dos, fundidos en estrecho abrazo, murmurábanse ternezas que a sangre fría hubieran horroriza lo al propio Pirata Negro, por ignorarse capaz de alcanzar este éxtasis amoroso que convierte en pueriles incoherencias las frases más inexpresivas..., que tanto significan, sólo por el sonido de la voz amada al pronunciarlas.

* * *

Gabriela Lucientes se preocupó muy poco de si había muchos hombres presentes, y era ella la única mujer que atravesando la cubierta, abalanzóse a abrazar a Diego Lucientes.

—¡Por fin, padre!

—Vaya, doña... Aparta... El almirante, que.,.

—¡Por fin, Cheij!

Y ahora fue el hijo del Pirata Negro el que, sin gran convicción, intentó liberarse del abrazo. Pero debía estar desfallecido, porque forcejeaba como si quisiera separarse, logrando cada vez más estrechar el abrazo.

Pasaron deprisa el almirante y Lezama. Diego Lucientes, rezongó, pero sus ojos contenían afecto:

—¡Repámpanos, doña! Más comedimiento... Eres una señorita. Y aquí hay casi un centenar de hombres..

—Aquí no hay nadie. ¡Él, tú y yo! —clamó ella—. Y ahora, de aquí no os vais, porque...

—Ya me largo, Chacal, Un consejo... Si quieres imponer tu

autoridad de marido, empieza desde ahora..., o “vas listo, Calixto”.

Alejóse el madrileño. “Estaba a tono”...

Gabriela Lucientes murmuró:

—Has vuelto a beber, ¿verdad?., ¿Verdad, Cheij?

—¡Sí! ¡Y yo le busqué el mejor de los vinos! ¡Y entérate de una vez para todas! ¡Cuanto haga tu padre bien hecho está! ¡Porque es el mejor de los hombres..., y yo quiero que sea feliz!

Agachó ella la cabeza, como niña regañada.

—Como tú digas—murmuró, sumisa. Pero de pronto separóse, para, alzando la cabeza y la voz, pronunciar con enojo: —¡Eso digo, yo, repámpanos! ¡Mi padre es el mejor de los hombres, y tú no eres quién para meterte en si bebe o deja de beber! ¡Ea!

Suavemente rió Cheij, extasiado.

—No sé cuándo estás más bonita. Gaby... Furiosa o sumisa. Pero no te acostumbres a chillarme. No me gusta, ¿sabes, mi linda novia de bellos ojos azules?

—¿Cuándo?—preguntó ella, al parecer incongruentemente.

—¿La boda? Tan pronto mi padre vuelva de su visita al virrey,

—Pero... ¡tú y papá os quedáis aquí!

—Así es porque lo ordenó mi padre. ¿Y es él quien manda en todos!

—Sí... Y... hay gente, Cheij. ¿Vamos a la toldilla alta? Quiero contarte muchas cosas.

Las muchas cosas nada contenían en definitiva. Pero ambos, alejados de lodo, navegaban inmóviles por el mar celeste que depara el amor a quienes comparten por igual el más bello de los sentimientos.

* * *

—¡Excelencia! ¡Se presenta “Cien Chirlos... perdón, digo, don Marcelo, digo..., el lugarteniente del conde Ferblanc! ¡Mi capitán espera sus órdenes..., Las órdenes de su excelencia!

—Gracias, don Marcelo.

Alejóse el almirante. Ambrosio Bustamante miró unos instantes a “Cien Chirlos”, agitando la cabeza.

—Mira que eres bruto, compadre... Yo opino que se te traba la lengua cuando...

—¡Se me traba cuando me apetece! Yo no tengo costumbre de tratar con excelencias... Y vete poniéndole nudos a tu lengua,

porque dice "él" que en su hogar todos hablaremos con tiento y eligiendo las palabras. Nada de tacos ni modales de esos... de esos que tú y yo, y todos los de a bordo, hacemos.

—Me ha dicho "él" que Carmen será doncella de la señorita Gabriela, y que yo, veremos a ver, si me encaja el cargo de mayordomo. Veremos a ver, opino yo...

—¿Tú de mayordomo? Bueno..., ya estaré yo a la vista. Total—y miró "Cien Chirlos" con asco al navarro—, mayores milagros he visto yo realizar a nuestro jefe... en queriéndoselo proponer.

—¡Y Juanelo y Rucio de lacayos centinelas! Yo opino que...

—...que lo que sea sonará. ¡Valiente servidumbre!

—¡Eh, tú! Que puestos a lacayos y yo a mayordomo, nadie nos echa la pata encima.

—¿La pata por encima? Vaya palabras finas...

—Boquita linda... Que aun no funciono de mayordomo, ¿sabes, "refinolis"?

Pero a la vez alejóse corriendo el navarro evitando de justeza el zarpazo de "Cien.Chirlos", quien, frenando por la lejana presencia del almirante, murmuró entre dientes:

—Todo está bien, cuando bien termina.

✲ ✲ ✲

—Es, pues, Mireya, lo adecuado... Aquí, el "Aquilón" como almirante de mi otra fragata, y las naves presas. Yo con vuestro marido a mi bordo, iremos a visitar al virrey. Y vuestro sueño... Un hogar firme, estable. Eso prometo. Y eso quiere el conde Ferblanc.

En la lancha que les conducía a bordo de la fragata, comentó Lezama:

—Un hogar firme, estable, zapatillas y a calentarse los huesos junto al fuego de leños.

—Ni tan viajero, pirata, ni tan-casero. La virtud, dijo Aristóteles, está en el justo medio. Y pido perdón por la pedantería. Y hasta que lleguemos a Latacunga no cesaré de repetir: tascad el freno... Y yo como embajador ante el virrey... ¿Concedido?

—Vos... y sólo vos me mandáis, excelencia.

—¡No, demontres! ¡También manda en mí el virrey!

—Bien. Procuraré recordarlo.

✲ ✲ ✲

Renato Pereña, marqués de Alvear, tenía muy mejorada la pierna aquejada de gota.

Pudo ponerse en pie, por deferencia, cuando el chambelán anuncióle la entrada del almirante Diéguez.

—Buenos días, Diéguez. Tú y yo solos. Siéntate, sin remilgos. Viejos amigos somos. Impaciente estoy por oírte. Veamos tu cara y cruz de los actos del conde Ferblanc. ¿Lo traes preso o vienes a anunciarme su muerte en rebelde pelea postrera?

—Vengo a anunciarte qué, gracias a su pasado de pirata que a instantes pareces reprocharle, cuatro naves piratas han sido capturadas por él solo, con la ayuda de un capitán costarriqueño y de su amigo Lucientes, apoyados, por su hijo. Pero aun oirás mucho más. La relación exacta, comprobada y verídica de los hechos, que cualquiera de los quinientos piratas presos corroborará, es ésta.

* * *

—¿Por qué no pides que le presente yo mis excusas? ¡Soy él virrey, y Su Majestad me nombró para dictar justicia!

Cuando terminó la larga narración, Juan Diéguez repiqueteó con los dedos sobre el brazo del sillón que ocupaba.

—Este es el reverso, que ni tú ni yo podíamos imaginar. Y hazme el favor de considerar los muchos servicios qua ha prestado Lezama. Gracias, a él, queda alejado todo peligro de la Costa Dorada, como anteriormente lo hizo en el Caribe. Y su hijo y su amigo ningún delito han cometido, aparte izar el uno pabellón pirata, por infantil rebeldía…, sin mala acción… ¡Pido, pues, indulto total para ellos tres! ¡Pido un cargo brillante para el Pirata Negro! ¡Lo pido, porque no puede ni debe vegetar al mando viajero de una Legión que se bastará con sus otros jefes!

—Por eso mismo, excelentísimo señor… Por eso mismo. Día de júbilo es el que anuncia la captura de una flota pirata que, por incapacidad de sus asesinos capitanes, hubiera sembrado luto en la Costa Dorada. Me hiciste dudar del conde Ferblanc… Justo es pues, que, en nombre de nuestra vieja amistad, te pida comprensión, benevolencia y corazón, para, un hombre que, con todos sus defectos, es mejor qua tú y que yo… ¡Sí! No me pretendas apabullar con feroces miradas, Pereña. ¡Es mejor que tú y que yo!

—Espero…, que no se lo habrás dicho a él…

—Sé, muy bien lo que debo y puedo decir, y lo que debo

callarme. El conde Ferblanc aguarda. Quiere presentarse ante ti y solicitar el perdón del Rey, como símbolo de que sabrá en lo sucesivo acatar las leyes por ti dictadas.

—Eso veremos. ¡Por ti dispuesto estoy a probarlo! Venga, que pase tu ídolo. Anda, que entre, y le besáramos las manos.

—Te estás volviendo viejo, Pereña. Y eres cascarrabias. Pero tu irritación la comprendo. Es justa. Tenías razón… y seguirás teniéndola.

Aproximóse Diéguez a la lejana puerta. La abrió.

Aleccionado por su introductor, el Pirata Negro avanzó, para inclinarse profundamente ante el virrey.

—Suplico, excelentísimo señor, tengáis a bien concederme la merced de proporcionarme ocasión de demostraros que es mi propósito acatar la ley, y no interpretarla a mi modo.

Renato Cereña, marqués de Alvear, había sido un soldado. Si en el fondo coincidía ya con cuanto había expuesto Diéguez, no quería olvidar que era el virrey.

Incorporólo a medias, devolviendo el saludo.

—Sentaos conde Ferblanc—y juntó los dedos entre sus dos manos por los extremos, mirando con fijeza al Pirata Negro—. Me encolericé cuando tanto vos como vuestros espontáneos defensores me citabais la cara y cruz de todo acto. Llegué a abofetear exasperado a mi propio hijo, porque os aclamaba como paladín de la Tabla Redonda. Yo me extralimité, pero tenía razón… Vos os habéis extralimitado…, ¡poro también teníais razón!

—Gracias, excelentísimo señor, y de veras os agradezco la gentileza.

—En nombre de Su Majestad, os agradezco yo los servicios prestados. Como virrey quizá debiera aguardar a que Madrid pusiera firma en los indultos, totales de vuestro hijo y de vuestro amigo. Pero… he meditado un instante, conde Ferblanc…, y creo que si mi hijo se viera en peligro, por él haría cuanto deshonroso no fuera, pero sí me rebelaría contra leyes escritas, obedeciendo tan sólo a la que vos aludíais: la ley del corazón. En fin, bien está lo que bien termina. Sin embargo, me es preciso ratificar mi confianza en que no cometeréis más… desacatos.

Y de pronto sonrió el marqués de Alvear,

—Vos, señor conde, por si alguien os hace sombra, le retáis a

duelo. Las nuevas modas han causado entre los oficiales verdaderos estragos. Se baten a primera sangre, pero a veces con muerte, por el menor capricho. Verdaderas fanfarronadas..., ¡que yo quiero evitar! Y he pensado en vos... Sí, vayamos por orden. Creo, según me manifiesta el almirante, que cuanto hicisteis fue con la noble intención de crear un hogar firme, apoyado en respeto mutuo y obediencia a las leves humanas.

—Así es, excelentísimo señor.

—Huelga ya vuestra navegación por el instante. Y tengo un nuevo cargo para vos. Capitán erais por decreto. Capitán de nave almirante al servicio de España. Tenéis, pues, en tierra grado de coronel. Hay vacante de este grado en el Tercer Tercio de la Bandera de Italia. Destituí al coronel, un espadachín fiero y enérgico, que no logró meter en cintura a los jóvenes oficiales del Tercer Tercio. Jóvenes oficiales que no pueden desayunar a gusto si no regresan del campo mal llamado del honor, donde han ido a batirse con un compañero por asuntos baladíes, las más de las veces.

La sonrisa del virrey acentuóse, viendo cierta alarma en el semblante de Juan Diéguez.

—A la par que ‘firmaré el decreto de total indulto, que también incluirá al capitán Ernesto Valdivia, firmaré otro, por el cual mañana el Tercer Tercio, en orden de parada, recibirá a su nuevo coronel, que sois vos. Es mi orden... y la prueba, señor conde. Anexo al cargo del coronel, tenéis por cesión la morada digna de un jefe superior, de fuerzas superiores. Allí está vuestro hogar. Y creo, conde Ferblanc, que cuanto debía deciros ya está dicho. Os deseo las mayores venturas en el camino que emprendéis. ¿Deseáis decirme algo, señor almirante?

—Dura es la prueba, excelentísimo señor. Los jóvenes oficiales del Tercer Tercio de Italia tienen una gloriosa tradición que mantener.

—Por eso mismo, el cargo es el más glorioso que puede agradecer el conde Ferblanc.

Levantóse Lezama, chocando sus tacones.

—Y os lo agradezco, excelentísimo señor. Procuraré ratificar en vos la impresión que deseo tengáis. Sólo perdigo una finalidad: crearme un hogar libre de inquietudes, al amparo de la generosa

hidalguía española. Y con sincero honor acepto el mando del Tercer Tercio de Italia.

* * *

Ya en una de las antesalas, Juan Diéguez miró a su acompañante.

—¿Sabéis en el avispero en que os ha metido este viejo… tunante?

—De peores avisperos nos hemos librado, excelencia. Mañana me haré cargo del mando. Y dentro de dos días en mi hogar reinará la felicidad. ¡El hijo de un coronel tendrá boda sonada!

—Que… no suene demasiado, hidalgo…—sonrió Diéguez—. Os participo que la historia del Tercer Tercio es levemente piratesca.

—Este es mi terreno.

—¡Oh, pero habéis, prometido…!

—Acatar leyes y arreglar entuertos de espadachines quisquillosos. Dejadme probar si para ello sirvo, y si no, calzaré zapatillas y me asaré las espaldas meciendo a mis nietos.

—Bien. En vos confío… ¿No os interesaría echar una ojeada a la mansión que os pertenece como próximo coronel del Tercer Tercio?

—De buen grado.

A caballo, ambos recorrieron las falles de la hermosa ciudad de Latacunga.

—Hermoso día, excelencia.

—Feliz para todo… Pero ¿y mañana?

—No pretenderéis suponer que los jóvenes oficiales podrán conmigo.

—Es que… casi preferiría que os hubiesen nombrado almirante pirata, a ser coronel del Tercer Tercio.

—Pero, veamos: ¿qué particularidad ofrece este Tercer Tercio?

—Entre otras muchas, la de que todos sus oficiales son de familias de rancio abolengo. Todos tienen título aunque no lo emplea.

—Bien. El título lo demostrarán con sus actos.

—¿Veis? Primera máxima pirata.

—No ha mucho ahorcaron por traidor y criminal al barón de Trévora.

—Pasemos la hoja. Todos ellos son valientes jóvenes, esgrimiendo armas desde tempranísima edad. Son algo afectados,

algo pedantes...

—Mejor. Yo era así cuando mozo.

—¡En fin! Ya lo veréis vos mismo. Ahora..., que no se nos estropee el día. Yo procuraré permanecer en Latacunga el mayor tiempo posible, ya que he de acabar la organización de “La Implacable”, y la formación de tribunales para juzgar a los presos... Espero poder felicitaros por vuestro mayor triunfo: manteneros en coronel del Tercer Tercio, a entera satisfacción vuestra y de todos. Creedme, y me daréis la razón en su día... Son preferibles los corceles brutos, indominables..., a los potros educadísimos, mordaces, diplomáticos, que varis, a conocer.

—Mañana será otro día... Ahora, el sol luce, y me espera un hogar.

Y alegremente silbó el Pirata Negro la balada inglesa:

“Hogar, dulce hogar...”